
HN 3IZ7 A
Digitized by Google



Felipe Estrada Paniagua

Algo sobre Educación

PRÓLOGO DE

Joaquín Méndez



GUATEMALA
Tipografía Nacional
1907

ÍNDICE

El Educador

Paso al porvenir!

Estos dos diarios de la capital, se me figuran el Cementerio viejo y el nuevo Cementerio. Sólo que el uno tiene de tumba antigua el olor, y al otro le falta el aspecto moderno de la actual residencia de los muertos.

En uno de ellos, Estrada Paniagua ha publicado los artículos que forman este libro. Ha debido galvanizarlo. Yo he sentido en esas páginas las ondas de aire y luz de la vida contemporánea.

Y al ver esa luz y al respirar ese aire, he querido investigar la causa; y el producto de esta investigación es este estudio.

Año fecundísimo va á ser para Guatemala el que hoy empieza. Se inicia con la inauguración de las Escuelas Prácticas en toda la República, y durante su curso veremos entrar en esta ciudad capitolina, los primeros trenes del Ferrocarril del Atlántico.

Hé aquí un verdadero corolario. Una lucha titánica se ha mantenido desde 1898 para llegar á tan plausible como legítimo resultado. Un programa de escuelas y ferrocarriles se comenzó á plantear entonces, y su desarrollo ha sido la obra predilecta de un sincero y firmísimo patriota.

Es, indudablemente, en la múltiple personalidad del señor Estrada Cabrera, el educador una de las facetas más perfectas del diamante blanco de su poderoso intelecto.

La influencia educadora de sus actos es asombrosamente decisiva. Educa cuando improvisa aquellos sus discursos con que domina á su auditorio, y lo domina de tal modo que lo dirige con la doble fuerza del pensador y del caudillo; educa cuando conversa, con aquella su conversación naturalísima y docta, reveladora de un profundo conocimiento de la vida; educa cuando aconseja, con aquel verdadero dón de consejo que para el que sabe escucharlo vale más que una mina de Golconda; educa hasta en el paso con que camina, paso en que una cierta lentitud va unida á cierta firmeza traductora de su recto é indomable carácter.

Es el educador en acción, aquel á quien definía el sabio don José de la Luz y Caballero, cuando decía que instruir puede cualquiera, pero educar sólo el que sea un evangelio vivo.

Y el alma del señor Estrada Cabrera es ese evangelio vivo, para inspirar amor al trabajo, para hacer amable la ciencia, para convertir la naturaleza en la página contentiva del alfa y omega de los mundos, para llevar á todas las almas el convencimiento de que la síntesis de todos los amores está en el amor profundo é inalterable á la patria y á la humanidad.

Hace diez años, si resonaba el himno nacional en una función pública, era hasta de buen tono para los elegantes arrellanarse aun más en las butacas: en el primer banquete que en 1898 se ofreció al magistrado de la República, fué él quien respetuosamente se puso en pie al escucharse los preludios del canto patrio; todos le imitaron, y ahora los niños escolares lo entonan diariamente al empezar sus faenas, y no habría hombre que

quisiera ponerse en ridículo desconociendo el acatamiento que se debe á la expresión rítmica del sentimiento de todo un pueblo.

Su hogar es una escuela, su despacho una verdadera escuela práctica. Escuela el primero, donde se cultiva la virtud sin alardes, y el hábito del bien, sencillo y puro, forma una segunda naturaleza. Escuela práctica de sociabilidad y de política el segundo, donde como se espanden y desarrollan fecundamente las ideas generosas, se estrellan los móviles mezquinos, se abaten las tentativas contra la salud pública y se generan y desenvuelven con tanta parsimonia como vigor y perseverancia los ideales de reforma persistente y de evolución positiva.

Sencillo y correcto en su traje como correcto y sencillo en su estilo epistolar y literario, como

no emplea nunca en éste escarceos retóricos, lleva en aquél su austeridad hasta el grado de no usar, en materia de joyas, ni leontina para el reloj; todo lo cual constituye un ejemplo, que no ha quedado sin utilidad, pues ya no todos los administradores de rentas públicas siguen convertidos en joyerías ambulantes de más ó menos dudoso gusto y honradez.

Los presidentes hispanoamericanos habían sido generalmente muy conocidos en el mundo por la aspereza de sus vozarrones, la tosquedad de sus actitudes, la dureza de sus conceptos, más bien que frases de conversación, algo como órdenes militares de bárbaros en medio de un combate. El hombre civil y civilizado en quien tenemos la satisfacción de ocuparnos, sin el menor esfuerzo nos presenta un ejemplar de jefe

de Estado, tan natural, tan culto y simpático, que pudiera serlo, por su talento, ilustración y cultura, de la nación más adelantada, y por su valor del pueblo más viril.

Sus fiestas de familia, lo mismo que sus fiestas públicas, hermanan siempre al regocijo natural de actos de una sociabilidad exquisita, una tendencia esencialmente educadora. Se festeja en el hogar un cumpleaños con el ejercicio de caridades tan fecundas en el fondo cual modestas en la forma; hay allí filantropías que se guardan con tanta discreción como secretos de Estado; y es constantemente un altruísmo delicadísimo y perfecto la nota saliente de sus festividades familiares. No se congrega en ellas con ostentación á la sociedad para deslumbrarla cursimente con los elementos del poder; se

reune á los íntimos para inaugurar una institución benéfica ó docente; en vez de un baile aristocrático, se da una comida á los reos de las cárceles ó una colación á los huérfanos del hospicio; y en lugar de agasajos serviles á la opulencia, se trata de aliviar á la miseria.

Su amor á la familia asume los caracteres de un verdadero culto; y su cariño á los hijos sólo tiene semejante por lo tierno, solícito y profundo, el que merece aquella madre en quien la inteligencia clarísima vale tanto como el recto corazón; amores y cariños que al convertirse en el culto del hogar, forman necesariamente la base indestructible del amor á lo bueno, del cariño á lo bello y del sincero culto á la patria.

Sus festividades públicas, no son vanas ostentaciones de esplendor para cegar al vulgo, ni estériles

derroches de lujo para ofuscar de tal modo que nadie perciba las vacuidades ocultas en medios artificiales; son verdaderas fiestas cívicas, verdaderos actos de enseñanza moral práctica; lecciones objetivas de ciudadanía perfecta, de entereza republicana, de acatamiento á la soberanía, de inmenso amor á la ciencia, de ilimitado culto á la humanidad y á la patria; son las fiestas del 15 de septiembre, las exposiciones nacionales, el Templo de Minerva, el Asilo Estrada Cabrera, el Mapa en Relieve de la República . . . . . .

No le debe el ejército menos de esa fecunda influencia, que las otras clases sociales; y jamás habíamos visto á tanta altura moral el organismo que por la fuerza y la tradicción, llegó á ser en otras épocas, en vez de una garantía, una amenaza, una amenaza te-

rrible, pero que en la presente administración ha defendido la honra nacional con corrección tanta como lo haría el mejor ejército del mundo, y forma la valla inexpugnable por donde pasan en triunfo las escuelas y los ferrocarriles.

Y el niño que hoy practica en la escuela los ejercicios militares, mañana será un completo soldado, muy digno de un país republicano y libre. El niño que se educa en la escuela, será un ciudadano que sabrá defender á su país, en la guerra, si funestamente persisten nuestros enemigos en su afición á pretender asesinarnos; pero en todo caso, hará un hombre de trabajo y de perseverancia, para contribuír á labrar el porvenir que Guatemala merece y aplaudirá el patriotismo.

La sugestión de su actividad inteligentísima y su espíritu lumi-

noso, creo que ha cerrado el ciclo de las revueltas intestinas y de las guerras fratricidas, y ha sentado la base de una completa prosperidad en el seno de la paz y del trabajo.

Sus antecedentes limpísimos de juez y de magistrado, purísima lumbre del alma ofrendada en el altar de Temis, ha debido ser como la de las zarzas de Oreb cuando ardían en ígneas claridades de amor á la justicia; y si hay depositarios del más sagrado de los depósitos humanos, han de gozar en este momento al leer este párrafo, corto, rápido, fugaz, pero lleno de lo más amable para la conciencia del funcionario público y especialmente del juez y magistrado.

Después del culto á la familia y á la patria, ninguno para él más sagrado que el de la amistad:

puede ignorar los sucesos prósperos de sus amigos; pero cuando la fatalidad les hiere, su mano cariñosa y franca es la primera en dulcificar la desgracia.

Hijo modelo, ¿qué mejor enseñanza para los hombres? Ciudadano, como Bayardo era el caballero sin miedo y sin tacha, ¿dónde encontraríamos más digno ciudadano? Funcionario que en Inglaterra habría llegado á la nobleza de la aristocracia por los escalones de la nobleza del talento, la ciencia y la corrección; que en los Estados Unidos de América habría ya sido juez y magistrado, diputado y senador, *chearman* y *leader;* que felizmente para nosotros, pudiendo ser gloria de otros pueblos, es nuestra propia gloria, porque antes que todo, es nuestro educador; en una causa genialmente universal en nuestro Conti-

nente, en que la patria resplandezca y la humanidad se eleve, él sería, con toda seguridad, el corazón valeroso, amplio y expansivo de la gran Aguila americana.

Ese corazón de un águila robusta, clarividente y majestuosamente justa, tiene para ello una incalculable garantía: ama á los niños, ama á la patria, ama al progreso y la libertad, y ama la lealtad y el honor.

Esta es de sus más persistentes enseñanzas: la diplomacia, en la que debe ser colocado en primera fila con los diplomáticos esencialmente modernos. Tiene en su mente dos palabras resolutivas de toda cuestión: *sí* y *nó*; pero cuando dice una de ellas, se recuerda involuntariamente sus documentos públicos: patrióticos, sencillos, desapasionados, verídicos.

Lógicamente se desprende de estos hechos su incomparable ha-

bilidad política; habilidad que consiste en primer lugar en el talento, en segundo, en el carácter y tercero, en la absoluta honradez de los principios y de los propósitos.

Un hombre que ha dicho en un mensaje á la Legislatura, que prefiere á los palacios del poder los edificios escolares, como que de sus primeros actos gubernativos fué la reinstalación de las escuelas públicas, es un hombre que trabaja por la verdad y para la verdad.

Este hombre es el que ha resucitado el mundo clásico heleno para infundir á su perfecta belleza la robustez de una grande república romana con las inmensas aspiraciones de la humanidad moderna.

Y no hay palabra más hermosa en el vocabulario de todos los idiomas, que ésta: hombre, comprensiva, hoy con más razón que

jamás, de un consecuente investigador de la naturaleza y del que tiene sobre su mente el enormísimo peso del porvenir de un pueblo.

Pasado el tiempo de los dominadores de greyes, el señor Estrada Cabrera, por psicología, por vocación, por amor á Guatemala y solidaridad al mundo culto, tiene un grandísimo honor, el de ser hombre, y una gloria indiscutible, la de ser un perfecto conductor del pueblo que le ha confiado sus destinos.

Maestro de la juventud, mientras hacía sus estudios de abogado, enseñaba á los jóvenes los conocimientos que adquiría con ese tesón del hombre de carácter, con esa clarividencia del superior talento, con esa solicitud magnánima que sólo demuestran las almas aptas para el más fecundo y trascendental de los apostolados; y

hoy el hombre maduro en la cima del poder supremo, no hace otra cosa con su actitud enérgica y llena de civismo, que reproducir en amplia esfera lo que en esfera modesta hacía en su primera juventud, cuando esparcía sobre los cerebros de sus alumnos las enseñanzas del derecho y sobre su corazón los principios de la moral democrática.

Maestro y educador por vocación y patriotismo, no ha podido menos de analizar profundamente nuestras instituciones pedagógicas; las ha estudiado á través de sus convicciones científicas, y, hallándolas resagadas en el movimiento de la vida actual, ha querido reformarlas, pero reformarlas sin festinaciones ni atropellos, no por simples adaptaciones sin otra razón de ser que el capricho ó la casualidad, sino efectuando una reforma lógica,

consciente, producto legítimo del estudio del medio social, de los elementos nacionales y de las racionales tendencias que deben impulsar la transformación del país en el sentido del progreso universal moderno.

Hé aquí por qué sus escuelas Prácticas no son imitaciones de análogos institutos americanos ó europeos, sino producto de selección técnica y adaptación lógica dentro de una meditación sostenida y patriótica.

Ahora, vuelvo á mi punto de partida. Estrada Paniagua merece las congratulaciones más cumplidas. Ha prestado grandísimo interés al "Diario de Centro-América" con los artículos que hoy recoge en este volumen. Aquel

órgano, al fin y al cabo es liberal; lo galvanizó Estrada Paniagua; y de vez en cuando hacen lo mismo, Contreras con su pluma de rasgos como de un spenceriano que piensa en francés y escribe en español, y que podía hacer un curso en el Colegio de Francia; y Valle, que tiene en los gavilanes de su péñola y en las eflorescencias de su gracia, la sal ática (¿por qué no decirlo así?) de nuestro pueblo. Porque ya Salazar, mejor que en el diarismo, sirve al país en la continuación de la obra histórica del doctor Montúfar; no será más nuestro cronista contemporáneo, sino el historiador de nuestra época moderna.

El libro de Estrada Paniagua, que con estos párrafos saluda al año nuevo, á la éra nueva, al por-

venir, constituye una obra de estudio, de laboriosidad, de patriotismo. Todo el mundo habla del asunto; pero ¡cuán pocos lo conocen! Todos parecen interesarse en esta evolución docente, en esta reforma pedagógica, en este radicalísimo cambio de cultura popular; pero ¡cuán pocos se tomarían el ímprobo trabajo de estudiarlos! Todos parecen exigir adelantos inconcebibles, tan sólo ponderables al tacto de los que no lo tienen. Gracias, mil gracias á Estrada Paniagua por sus escritos. El ha trabajado; él trabaja, y seguirá trabajando por la mejor causa, la causa de la educación nacional. Como ilustrado comentador de la reforma escolar, tiene que recibir todos los parabienes; y el nuestro

queda aquí consignado muy sincero y efusivo para el literato y para el patriota.

Bienvenido el porvenir: ¡hurra por las escuelas y los ferrocarriles; hosanna al Trabajo, al trabajo que es la paz, el progreso y la libertad; la vida con honra, con provecho y con salud!

Guatemala, 1º de Enero de 1907.

JOAQUIN MENDEZ.

Educar es Progresar

DÍCENOS el profeta Tolstoi que atravesamos una época de espectativa; que á las sociedades modernas les conviene pensar, aprender y aguardar prudentemente antes de decirse por tal ó cual rumbo. Así un viajero que llega á la intersección de dos, de tres, de muchos caminos que se encuentran en un punto y no sabe cuál de sus polifurcaciones le conviene seguir para llegar á su término, debe sentarse allá sobre una piedra á meditar hasta que llegue algo que lo oriente....

Para las sociedades, esa orientación tiende hacia el mejoramiento del hombre en virtud de

la ley natural de aspirabilidad humana cuya exteriorización es el progreso moral y material de las mismas.

Volvamos la vista á lo pasado y la historia nos enseñará que, desde los tiempos de que tenemos noticia, cada época presenta algunos hombres sabios y fuertes, cerebro y corazón de las masas, en quienes se encarnan sus aspiraciones y sus tendencias.

¿Eran Budha y Zoroastro esos hombres? Pues en aquellos teocráticos tiempos, en que se propendía á creer infaliblemente en lo sobrenatural, condensábase la aspiración general en las innovaciones religiosas. ¿Eran Aristóles y Platón? En aquellas áticas edades en que el hombre, pasada la infancia, entraba en la era del amor y admiraba preferentemente la armonía de

las formas, las disertaciones de ética lo llenaban todo. En el período de la decadencia greco-latina en que el descreimiento y la ausencia de ideales nobles trajeron como consecuencia la satisfacción del egoísmo á cualquier precio, no privaban sino las demostraciones jurídicas. Vienen los tiempos escolásticos con el Cristianismo que imponía la mística dualidad de la Iglesia y el Imperio, y entonces San Agustín y Santo Tomás simbolizan la teología; y más tarde, el humanista-panteista desarrolla la metafísica cuando, en tiempos del Humanismo del Renacimiento, el intelecto germano bregaba por independizarse de la teología de Roma. Llegó un día en que la humanidad, harta ya de privilegios de casta, buscó el pleno reconocimiento de sus derechos

de hombre, y el Neohumanismo de la Revolución francesa, planteó sus hermosas é inmortales doctrinas en concepciones de política.... Y hoy las religiones, como escribe un publicista, el derecho, la teología cristiana, la metafísica y la política, han conquistado sus fueros y forman los eslabones de la gran cadena de ideas del pasado....

Si ya están muy lejos de nosotros los tiempos antiguos en que sólo se mejoraba la condición de los pueblos en un cambio de religión, que involucraba innovaciones morales y políticas, como sus consecuencias; si ya son idos también los tiempos modernos, en que sólo se mejoraba la condición de los pueblos en un cambio de régimen político, que involucraba innovaciones económicas; ¿hacia dónde mira

la humanidad actual, cuál es su orientación?

Carlos O. Bunge, notable pensador argentino, afirma que la historia demuestra que los más radicales cambios de sistemas religiosos y políticos, no modifican, sino leve, parcial y paulatinamente, las condiciones de la vida humana. A Brahama ha sucedido Budha, á Budha las teocracias orientales, las Repúblicas y el Imperio, el Cristianismo, luego la Reforma, luego la Revolución francesa... Y ¿en qué forma han mejorado todos esos vuelcos político-morales la vida del hombre? A las castas reemplazó la esclavitud y el patriciado; á la esclavitud y el patriciado, el feudalismo; al feudalismo, el espiritualismo.... ¡La opresión de los poderosos! ¡Siempre la opresión de los po-

derosos! Y sin embargo, cada uno de esos sistemas se ha proclamado, al iniciarse, como panacea de todas las miserias humanas... ¿Somos más felices ahora que antes? Acaso.... ¡y seguramente más desconfiados! Proletarios, pensadores, y aun burgueses, para provocar la substitución del actual régimen económico, quieren dos cosas previas: una cuasi certidumbre que demuestre la conveniencia de la innovación, una cuasi-fatalidad que la imponga. Para que lleguemos á la relativa certeza de que conviene ó no cambiar los papeles de la comedia humana, necesitamos instruirnos, educarnos, espaciar nuestro pensamiento. Para que la fatalidad imponga las reformas civilizadoras es indispensable que los hombres las impongan, y para que los hombres las

impongan, que los hombres se eduquen. Estamos en una época de educación social. En nuestro siglo, gobernar es difundir y mejorar la educación. Gobernar es educar.

El problema es el mismo de siempre: mejorar al hombre; y ya que en los tiempos modernos, con la democracia ha triunfado el poder individual de cada hombre, y el resultado de este régimen político es la igualdad de los ciudadanos, en derechos y en deberes, el efecto de la igualdad debe ser la generalización de la educación por todos y para todos; pues sólo la cultura y la educación igualan á los hombres hasta donde lo permiten las humanas desigualdades. "De aquí que el espíritu de la época se pueda sintetizar en estas dos fórmulas: *Democracia=Igualdad=Edu-*

cación; Progreso contemporáneo =Riqueza=Educación."

Dando por sentado que "la sociedad no es una suma, sino el producto de sus hombres," y que "los hombres no son sumandos, sino factores," supongamos, con el citado Bunge, que la educación deja, en una *serie social* de individuos, unos residuos positivos que llamaremos x_1, x_2, x_3, x_4, x_5.... El progreso social no será equivalente á $x_1+x_2+x_3+x_4+x_5+....$, sino á $x_1 \times x_2 \times x_3 \times x_4 \times x_5 \times .....$ Luego si llamamos I al conjunto de los individuos, y siempre x_1, x_2, x_3, x_4, x_5.... al sedimiento que agrega á cada uno la educación recibida, llegamos á establecer que es *falsa* la ecuación siguiente:

$$I+x_1+x_2+x_3+x_4+x_5..=\frac{\text{Progreso social}}{1}$$

Pero es exacta esta otra:

$$I\times x_1\times x_2\times x_3\times x_4\times x_5..=\frac{\text{Progreso social}}{I}$$

Por lo tanto, en educación ó, mejor dicho, en la *economía* de la educación, tiene ese axioma la aplicación siguiente: *al aumentarse el valor positivo de una profesión ó gremio, auméntanse indirectamente los valores de las demás profesiones ó gremios.* Si el resultado de una operación matemática es una simple suma, al elevarse el valor de un sumando se eleva la suma, pero *no* la de los demás sumandos, que siempre se consideran aisladamente, cada uno encastillado en sí mismo. En un producto, al elevar el valor de un factor, se eleva el de cada factor adyacente, y todos pueden considerarse adyacentes, porque "el orden de los factores no altera el producto."

Llamemos H á un gremio cualquiera, de letrados, por ejem-

plo; y M á otro gremio, verbigracia, de agricultores. Ambos unidos dan para la sociedad, un resultado de H×M. Supóngase 100 el valor positivo de H y 5 el de M:

$$H. M = 100 \times 5$$

Si la instrucción pública eleva hasta 200 el valor positivo de H, agricultores y letrados unidos *no* dan una suma de

$$H + M = 200 + 5 = 205 = \frac{\text{Progreso social}}{\text{H. M.}}$$

Dan un producto de

$$H. M = 200 \times 5 = 1.000 = \frac{\text{Progreso social}}{\text{H. M.}}$$

Esta es la verdadera ecuación. Es decir, al valorizarse el individuo ó gremio H, se valoriza también el individuo ó gremio M, y viceversa, porque cada cual no procede aislado á la manera de los sumandos, sino adjunta y *recíprocamente*, al modo de los

multiplicandos. Entonces el valor de M no es 100 M, sino 200 M.

De modo pues, que al perfeccionar el estado parcialmente una rama cualquiera de la instrucción pública, perfecciona su total mejoramiento, ó sea, de una manera indirecta, la perfecciona toda.

"¡La educación! He aquí el mejor campo de maniobras y el campo de batalla del humanista contemporáneo.... Todas las especulaciones biológicas, psicológicas, sociológicas, deben aplicarse, hoy por hoy, en ese terreno feracísimo, así como convergen las aguas de la vertiente Nordeste del Africa en el valle del Nilo...."

Ese es el dilatado campo de maniobras y el fecundo campo de batalla del señor Licenciado don Manuel Estrada Cabrera

desde que está al frente de los destinos de la Nación: primero la apertura de los centros nacionales de enseñanza en mala hora cerrados por el Gobernante anterior, en seguida la creación de los festivales de Minerva y luego, como coronamiento de su benéfica obra, la Escuela Práctica de Varones que marca nuevos derroteros para la educación en Guatemala é inicia su reforma, y no pasarán muchos días sin que se inaugure la Escuela Práctica de Señoritas á la que en otra ocasión nos referiremos.

La Mujer en la Antigüedad

No encuentro motivo alguno que obligue para tratar á las mujeres menos seriamente que á los hombres, dice madame de Remusat en la *Educación de las mujeres*, para desnaturalizarles la verdad bajo la forma de una preocupación, ó el deber con aspecto de superstición; porque tienen derecho al deber y lo tienen á la verdad, desde el momento en que son capaces de comprender el uno y la otra.

Y ¿cómo negarles ese derecho, si es indiscutible que en el seno materno reposan el espíritu de los pueblos, sus costumbres, sus preocupaciones, sus virtudes, me-

jor dicho: la civilización del género humano?

Antaño no se pensaba en esto ó no quería reconocerse ni aun por la generalidad de aquellos que con olímpica soberbia empuñaban el cetro del poder y se bañaban con el agua de la ciencia. ¡Pobres mujeres las de entonces! ¡Qué suerte tan desgraciada la que arrastraban! Veíaselas expuestas á todas las seducciones del placer, á todas las agonías del dolor, como amantes, como esposas, como madres, sin más armas que su debilidad, sin más guía que su instinto y sin más luz que su ardiente imaginación; ¿y no se les alcanzaba á las clases directoras, ya que no por ideas altruistas, siquiera por el egoísmo de la conservación de la especie, la conveniencia de proporcionarlas educación completa, que las

facilitase el recurso de una virtud más poderosa que los dolores que esperábanlas y que las seducciones que las amenazaban? Cierto es que en ese tiempo, en el mismo corazón y cerebro de Europa, la religión las instruía desde el púlpito; pero ¿de qué modo? Concentrando su moral en la penitencia, que más las movía al arrepentimiento que á la virtud, y más las empujaba al ocio de la estéril oración y el ascetismo infecundo, que á la oración productiva del trabajo y á la comunión de nobles y elevados ideales.

Los Massillón, los Bourdaloue, los Bossuet, grandes oradores sagrados, pero no fisiólogos ni psicólogos, procuraban violentar las pasiones y sofocarlas, cuando debieron haberlas dirigido. Y así, en vez de sostener á la hu-

manidad, contribuían á disolverla bajo el yugo de violentísima doctrina, que hacían brillar con el fuego siniestro del infierno. ¿Hablábase de asombrosos prodigios de los sacerdotes? Pues esos prodigios no se cifraban en hacer vivir honestamente en este mundo, sino en arrancar á los hombres de él: y á su voz es como la Valiére toma el sayal de la penitencia; las Chevreuse y las Longueville vuelan al desierto á llorar sus pecados, y las reinas elevan templos, fundan conventos, y corren á humillarse debajo de sus bóvedas.

Sin duda no han sido infructuosas para la humanidad las grandes verdades morales repetidas sin cesar en los altares en presencia de Dios, exclama Aimé Martín; y si se las desembarazase de todas las supersticiones que

las degradan y de las doctrinas crueles sobre la eternidad de las penas, sobre la venganza de una Divinidad desapiadada, las mujeres podrían recibir hoy en ellas una instrucción fuerte y poderosa; pero los templos están menos que solitarios: los ministros del altar ruegan allí solos, oyendo á lo lejos el ruido de un mundo que no admite ya las ideas del siglo XVIII. Antes el pueblo acudía á éllos, porque eran los primeros en los senderos de la sabiduría: hoy el pueblo los espera á su vez, porque los ha dejado atrás. Así es que la instrucción moral se les escapa. ¡Triste reacción de nuestros excesos!

Abrese el siglo de Luis XIV con dos hechos notables: una mujer que subleva al pueblo y echa á Mazarino de París, y otra

mujer que manda dar fuego al cañón de la Bastilla contra el rey, quien no vuelve á entrar en su palacio sin haber visto huir al gran Condé. Y en esos tiempos en que Europa está suspensa con las victorias y los amores del monarca francés, y, deslumbrada, proclama su siglo una de las épocas más gloriosas del espíritu humano, el reinado de las mujeres está en su apogeo; pero si éstas son ciertamente dueñas de la suerte del país, su educación, en medio de tantos prodigios, queda relegada al olvido.

Se alzó entonces una voz, la del abate Fleuri, que dijo; "que las niñas no debían aprender más que el catecismo, la costura, música, baile, el arte de vestirse, de hablar con finura y hacer bien una cortesía;" y el siglo de las Sevignés, de las Coulanges y de

las Lafayette, escandalizóse porque aquel respetable autor, creía necesario añadir al talento de hacer bien una cortesía, saber leer, escribir y contar, entender los negocios lo suficiente para ponerse en estado de oir un consejo, y un poco de medicina para cuidar á los enfermos. A las mujeres no había de enseñársela ni poesía, ni filosofía, ni historia, ni moral, ni nada de cuanto puede engrandecer el pensamiento, ilustrar la conciencia ó elevar el alma; porque no siendo estas cosas de su competencia, podían dar pábulo á su vanidad. Con todo, el abate Fleuri, en un rato de feliz inspiración, añadió: "Se pretende que las mujeres no sean capaces de estudios, como si su alma fuera de otra especie de la de los hombres, como si no tuviesen, como nosotros, una razón

que dirigir, una voluntad que sujetar, pasiones que combatir, ó cual si les fuese más fácil que á nosotros cumplir todos estos deberes sin aprender cosa alguna."

A la voz de Fleuri, unióse otra voz, la de Fenelón; vió la necesidad de fortalecer á las mujeres porque son débiles, y de ilustrarlas, porque son poderosas. Así fué compuesto, con la naturaleza en la mano, como expresa un ilustrado escritor francés, el libro de la educación de las niñas, obra maestra de delicadeza, de gracia y de genio, en que la virtud es dulce como la bondad.

A la enseñanza recomendada por el abate Fleuri, añade la griega y romana, la historia de Francia y las relaciones de los países distantes escrita con mucho juicio. Parécele razonable

hasta el estudio de la lengua latina, porque es la lengua de la Iglesia y de la oración, cargando con este motivo la mano á la imbécil doctrina que hace dirigir á Dios súplicas que el que ruega no entiende, si no ha estudiado á Horacio y Virgilio. Finalmente, permite la lectura de las obras de elocuencia y de poesía, pues todas estas cosas le parecen útiles, porque excitan en el alma sentimientos vivos y sublimes en favor de la virtud.

Pero á renglón seguido, Fenelón se acuerda de su siglo y se detiene. Junto á sus novísimas ideas pone restricciones muy graves; y así como al principio juzgaba del destino de las mujeres de acuerdo con las leyes de la naturaleza, después, las mira desde el lugar que ocupan en la sociedad, y ésta es la barrera que

opone al bien que trataba de hacer. Dice que es arriesgado dedicar á las mujeres á estudios que pudieran enorgullecerlas, porque no deben ni gobernar el estado ni ser guerreras.

Cierto es que la misión natural de las mujeres no es gobernar el estado ni ser guerreras; pero tampoco es menos cierto que sí gobiernan á los que mandan y que sí tienen á sus pies á los que combaten. ¿Qué ha de resultar, pues, de su ignorancia ó de su inteligencia?

El resumen de la obra de Fenelón, es que la educacion de las mujeres es más importante que la de los hombres, porque aquéllas se la dan á éstos, pues "que sin éllas el bien es imposible, que

éllas arruinan ó sostienen las casas, que éllas dirigen el pormenor de las cosas caseras, y que por consiguiente deciden de lo que interesa más de cerca al género humano."

Dominaban tanto las preocupaciones en aquellos tiempos, que, á pesar de ser la época de la mayor influencia de las mujeres, como ya lo dijimos, cuando de lo alto de su trono caballeresco daban á lo sociedad las formas pulidas y graciosas que habían de cambiar el aspecto de Europa, Fenelón tuvo que justificar su empresa, no sólo con razones de interés y de humanidad, sino con el principio puramente teológico de que "las mujeres son la mitad del linaje humano, redimida con

la sangre de Jesucristo y destinada, como nosotros, á la gloria eterna." Véase cómo para que se las enseñase un poquito más que cantar, bailar y el modo de hacer una cortesía, hubo que invocar los méritos de la redención y cubrirlas con la sangre de Jesucristo.

Influencia Universal de la Mujer

Ya en otra ocasión citamos á Aimé Martín con estas palabras: "Sean cuales fueron los usos y las leyes, las mujeres forman las costumbres de todos los países. Libres ó sometidas, reinan porque reciben el poder de nuestras pasiones. Pero esta influencia es más ó menos provechosa según el grado de estimación que se les concede: siendo nuestros ídolos, nuestras compañeras ó nuestras esclavas, las mujeres hacen á los hombres lo que ellas son. Parece que la naturaleza une nuestra inteligencia á su dignidad, como nosotros unimos nuestra felicidad á su virtud. Resulta, pues, que por una ley

de eterna justicia, el hombre no puede degradar á las mujeres sin degradarse á sí mismo; ni realzarlas, sin elevarse á sí propio. No hay medio: ó los pueblos se embrutecen en sus brazos, ó se civilizan á sus pies."

Y en efecto, si hay un hecho incontestable, es la influencia de las mujeres, influencia de la vida entera, de todos los instantes, de todas las ocasiones, que ejercen por medio de la piedad filial, del placer y del amor. He aquí tres palabras mágicas que envuelven todas las felicidades humanas: ¡una querida, una esposa, una madre! Es el reinado de la belleza, de la coquetería, del amor y de la razón; pero siempre es un reinado. El hombre consulta á su esposa y obedece á su madre aun mucho tiempo después de muerta, pues los consejos que de

élla recibe llegan las más de las veces á convertirse en principios, más fuertes que sus propias pasiones.

Un pensador leyó en el cementerio de Montparnasse este sencillo epitafio: "Duerme en paz, madre mía! Tu hijo te obedecerá siempre," y no puedo menos de exclamar ¡cuánto amor en una sola línea! ¡Qué honrosa memoria de la mujer que supo inspirarla!

Conviénese generalmente en la realidad del poder de las mujeres; pero no falta quienes sostengan aún que ese poder no lo ejercen sino en la familia. ¡Ciegos! ¿No ven, acaso, que el total de las familias constituye la nación? ¿No ven que los errores y las preocupaciones que gobiernan el mundo, salen de la casa de cada ciudadano? La voluntad de una

mujer puede dar un héroe á la patria ó un asesino á la sociedad, según la elevación de su alma ó la tenebrosidad de su espíritu.

¡Oh mujeres, exclama el notable publicista citado, vosotras reináis y el hombre es vuestro imperio! Reináis sobre vuestros hijos, sobre vuestros amantes, sobre vuestros esposos! En vano se titulan vuestros amos; si son hombres, lo deben á que vosotras habéis completado su existencia; en vano se glorían de su superioridad; su gloria y su deshonra provienen de vosotras, como se ve en todas partes, lo mismo en la fábula que en la historia; en el palacio de Circe en que los guerreros se transforman en lechoncillos, que en el palacio de Médicis, en que los hombres se convierten en bestias feroces.

La historia, espejo y gran faro universal, exhibe hechos concretos.

¿Trátase de reyes buenos? Preséntase San Luis, educado por su madre Blanca; Luis XII, por María de Cléveris; y Enrique IV, por Juana de Albert. ¿Trátase de reyes malos? Carlos IX, discípulo de la funesta Catalina de Médicis; Luis XIII que, lo mismo que su madre, fué débil, ingrato y poco feliz, siempre en revolución y siempre sometido; y Luis XIV, que á las pasiones de una mujer española, galanteo sensual y caballeresco á la vez, une el miedo de un devoto y el orgullo de un déspota, que quiere que el hombre se postre á los pies del trono como se postra en las aras del altar.

Veamos otra medalla: en el anverso los dos Corneille, hijos de

una mujer dotada de alma grande, de entendimiento elevado, severa en sus costumbres, y parecida en mucho á la madre de los Gracos. En el reverso, Voltaire: pintan á la progenitora de este célebre escritor, habladora, burlona, vivaracha, coqueta y galante.

Barnave, el gran orador rival de Mirabeau en la Asamblea Constituyente, momentos antes de morir piensa en su madre y le da las gracias por el valor que le trasmite y que conservará en el cadalso. Por esto escribe así á su hermano: "Que sea mi madre la que eduque á tus hijos; élla los dotará con el alma valerosa que deben tener los hombres y que ha sido para mi hermano y para mí más que todo el resto de nuestra educación."

"Jamás olvidaré, decía en su vejez el célebre filósofo Kant, que mi madre hizo germinar en mi alma el bienestar que disfruto." Y es porque aquella mujer, aunque sin instrucción científica, le había instruido en la más grande de las ciencias: en la moral y la virtud.

Jorge Cuvier, el ilustre naturalista, recibió de su madre las primeras lecciones que despertaron su genio y con instinto maternal dirigió sus inclinaciones hacia el estudio de la naturaleza: "Delante de élla dibujaba, decía Cuvier, en las memorias manuscritas que dejó á su familia, y leía en voz alta libros de Historia y de Literatura. Así desarrolló en mí la afición á la lectura y esta curiosidad hacia todo, que ha sido como el *resorte* de mi vida."

Lord Byron y Alfonso de Lamartine: dos grandes poetas del recién pasado siglo: en el corazón del primero fermentan, y cual llama abrasadora de un volcán se derraman por el mundo en torrentes fatales, el odio y el orgullo, la cólera y el desdén. ¿Por qué? Porque las malas pasiones de su madre, burlona, insensata, llena de caprichos y de orgullo y cuyo corto entendimiento sólo se dilataba en la vanidad y en el odio, grabáronse profundamente en el alma del niño. El segundo, brilla con todas las virtudes de su madre, de aquella benéfica mujer que es buena sin debilidad y religiosa sin rigidez, y que sin duda es de las mujeres que nacen para servir de modelo en el mundo.

Y con todo, Byron, hablando de una acción generosa, dice que

no acierta á emprenderla: sus amigos lo instan con eficacia, pero inútilmente, y luego se le ocurre una reflexión; se detiene y exclama: "¡Y bien, si N.... hubiese estado aquí, élla me la hubiera hecho emprender! porque es una mujer que en medio de todas sus seducciones y de todos sus encantos me ha impulsado siempre hacia la gloria y hacia la virtud; y hubiera sido mi genio tutelar." Se trataba de defender en la Cámara de los Pares una petición de los encarcelados por deudas.

¿Y no es Napoleón I quien dice que "la suerte de un niño es obra de su madre;" y quien se complacía en repetir que él era deudor á la suya de la elevación en que se hallaba?

Y yendo más lejos ¿no es Plutarco quien pone en boca de la

esposa del gran Leonidas, estas palabras: "sólo nosotras, lacedemonienses, mandamos á nuestros maridos porque sólo nosotras formamos hombres?"

De la moral aplicada á la política, es una obra de Esteban Jouy que tiene este pasaje relativo á nuestro objeto: "No fué Clodoveo, fué Clotilde la fundadora de la monarquía francesa: bella, modesta y cristiana, educó al pueblo y al rey, según el Evangelio, y dominó á vencedores y ven cidos."

Con cuánta razón Rousseau, hablando de las mujeres, dijo: "Cuántas y cuán grandes cosas pudieran hacerse con tal resorte."

Pero ¿se ha tenido presente siempre que la voz de la madre es el primer sonido que hiere nuestros oídos, que sus miradas son la primera claridad que ale-

gra nuestros ojos, sus canciones nuestros primeros conciertos y sus caricias nuestros primeros placeres? ¿Se ha meditado en esa influencia de todas las horas, de todos los días, de todos los momentos, y se han pesado las impresiones indelebles que puede producir?

Y bien: más tarde, ¿podrán destruirse ó modificarse esas influencias? Contestamos con un educador experimentado: llegaréis siempre tarde; el vaso está ya impregnado, la tela ajada; las pasiones de nuestra madre han venido á ser nuestra propia naturaleza.

Que las mujeres nos educan cuando somos niños y nos inspiran cuando somos hombres, es ya de indiscutible certeza: luego trabajar en su educación, es trabajar en bien de la nuestra, y

darles ideas nobles y elevadas es acabar de una vez con nuestras pueriles pasiones y nuestras ambiciones despreciables; pues cuanto mejores sean ellas, más ganaremos nosotros en perfección; y salta á la vista que no podrán hacernos mejores si antes no las hacemos más felices.

"Todavía hoy la existencia de las mujeres acaba donde acaban los homenajes: su juventud es un reinado, su vejez un abandono. Sin embargo, esos años tan largos y tan tristes pueden convertirse en años de atractivos; hay un poder superior al de la belleza, tal es el que produce el cumplimiento ilustrado de un deber. Este medio de conservarse siempre joven y hermosa vale sin duda la pena de ensayarse. No pára aquí: una mujer que vive rodeada de su familia, que se

instruye para instruirla, que engrandece su alma para ejercer toda su influencia, es por este solo hecho más inaccesible á la seducción. Las previsiones de la naturaleza están llenas de gracias; la naturaleza ha colocado en el corazón de la madre el origen de las virtudes del hijo, y en justa compensación quiere que la inocencia del niño sea la salvaguardia de la prudencia de la madre."

Condición de la Mujer

CUANDO las ciencias se abrieron paso á través de las tinieblas de escuela que aletargaban al mundo, algunos, mejor dicho, muchos hombres quedaron deslumbrados y el destino de las mujeres digno fué de compasión; pues mientras aquéllos considerábanse superiores nada más que por el valor y la fuerza materiales, habían cedido al ascendiente de la debilidad y de la hermosura; pero apenas ocuparon su cerebro con una vana ciencia, invadióles el demonio del orgullo, y el bello sexo corrió riesgo de perder su imperio.

El siglo de los doctores fué el peor siglo para las mujeres.

La cuestión de la superioridad de los hombres y de la inferioridad de las mujeres debatíase por todas partes, y como conclusión se trazó el índice alfabético de las malicias de aquéllas y la historia de sus imperfecciones, hasta el extremo, como ya lo hemos dicho, de poner en duda la existencia de su alma y de ser los mismos teólogos cristianos quienes al despreciarlas y anatematizarlas, contribuían á su envilecimiento.

Así fué como el embrutecimiento de las mujeres se convirtió en un sistema de moral, lo mismo que el embrutecimiento de los pueblos era un sistema político.

Nuestros antepasados confundían la ignorancia con la inocencia, y de esa monstruosa confusión origináronse tantos y tantos males que han agobiado á la hu-

manidad. Arriba el despotismo y la irresponsabilidad; abajo la sumisión y las tinieblas; y era que se deseaba que las mujeres fuesen extrañas á los intereses de los maridos, como los pueblos eran agenos respecto al gobierno.

La ciencia, la legislación y la teología revolvíanse contra las mujeres, pues nuestros antepasados entendían la sabiduría de aquéllas, con la que entonces se llamaba religión y que no enseñaba la virtud sino bajo los azotes de la disciplina y las austeridades de la penitencia. Pensaban conservarlas puras y sin mancha, privándolas de su alma, sin ver que así sólo las entregaban á alguna que otra de esas prácticas sin moral que únicamente sirven para aturdir el entendimiento.

Hubo, sin embargo, algunas mujeres insignes que, en lucha

abierta con todo género de dificultades, de preocupaciones y peligros, pudieron elevarse en el gobierno, en el consejo, en la ciencia y en la santidad; pero se vió en ellas algo de asombroso y de excepcional que no invalidaba aquellos conceptos depresivos en que se las tenía.

Con todo y que las ideas de Fenelón no fueron muy comprendidas en su siglo, los hombres adelantaron un poco con ellas y ganó la educación de las mujeres. Ya no se discutió sobre la necesidad de instruirlas, ni tampoco sobre los grados de su instrucción: consintióse en el desarrollo de su inteligencia, y más aún, se les comenzó á dar los talentos de un artista ó de un maestro de lenguas; y desde entonces brillaron tanto por su hermosura como por sus estudios enciclopédicos;

y, como expresa un laureado escritor, la duquesa y la burguesa, si es que todavía hay duquesas y burguesas, rivalizan en las tertulias con los primeros talentos: unas escriben poemas y novelas, otras pintan cuadros y hay compositoras de música: todas escriben con corrección y gracia hasta hacerse casi vulgares algunas plumas, entre éstas las de las Sevigné, las Lafayette, las Stäel, etc., etc.

No obstante esto, la mujer actual, con algunas excepciones por supuesto, en sus estudios no ha sido incitada á pensar por sí propia, limitada á imprimir en su cerebro los cuadernos de la escuela; y cuando entra en el mundo, inexperta y débil, cuando más, puede oponer para salir avante en la lucha por la existencia y triunfar de las pasiones

que á su encuentro le salen, unas manos hábiles para el piano, una memoria que recita y una alma que duerme; y como complemento de sus devociones pueriles, algo de amor al placer, mucha ignorancia de todas las cosas de la vida y gran necesidad de amar y de ser amada.

Y ese mal es universal, porque, Aimé Martín lo dice en la "Educación de las Madres de Familia," con sólo haber leído sin meditación alguna las doctrinas de Fenelón y su obra, ya creemos haber adelantado algo; y sin embargo, ¡en cuántos países de Europa, en cuántas ciudades de Francia ni han llegado siquiera á conocerse las sublimes verdades que encierra! En el mismo

centro de civilización, ¿son las mujeres lo que debieran ser? ¿No es aún en el día de hoy su educación un testimonio de nuestra ingratitud y de nuestra imprevisión? Al ver cómo se las educa, ¿no se diría que su buena ó mala voluntad ha de quedar sin resultado? ¡Oh mujeres! ¡Es positivo que los hombres insensatos os condenan en todas partes á la desgracia y á la abyección! ¡En todas os tratan como juguetes, os encierran como ídolos y os compran y venden como mercancías! Los pueblos, aun los más civilizados, en lugar de ilustrar vuestra razón y de elevar vuestra alma, cifran su mayor felicidad en corromperos; os enseñan á considerar los trajes co-

mo la primera necesidad de la vida, y la belleza como la primera cualidad humana; os reducen á esa belleza fugitiva, y, para colmo de estupidez, después de haber depravado vuestro corazón, ofuscado vuestra inteligencia y ultrajado vuestra razón, dejan pendiente su honor de vuestras virtudes.

Educación Actual de la Mujer

A partir de la Revolución Francesa, el enciclopedismo fué la base de la educación así para los hombres como para las mujeres, y es el sistema que hasta hoy ha privado universalmente.

Sin duda alguna que esa educación tiene su lado brillante, desde luego que introduce en la sociedad el gusto y los modales artísticos y aduna más gracias y más originalidad.

Con todo y que la instrucción de las mujeres es innegable que ha mejorado, aun cabe preguntar ¿qué ha producido hasta ahora esa instrucción? ¿Cuál es su norte y su guía? ¿Cuál es su fin?

¿Es la felicidad doméstica? ¿Es la prosperidad y la gloria del país?

Dos cosas han informado esa educación, aquí como en Europa: vanidad en el traje, vanidad en el talento y vanidad en la misma instrucción.

Se ha procurado más complacer al mundo que resistirle, y esto porque sólo se ha querido reinar.

Desgraciadamente no exageramos, pues testigos hemos sido de estas ó parecidas escenas: "Hija mía, dice la madre, haz por ser hermosa; no olvides que te miran; sé amable, sé sumisa, porque te escuchan; lo que equivale á decir: pon en todas partes la apariencia en vez de la realidad." Por otro lado, en el colegio, se ha creído perfeccionar la educación de las mujeres con la forma esco-

lástica de la de los hombres, y he aquí el error: con algunas palabras se da movimiento á la ciencia, así como tocando un resorte se da movimiento á una máquina. La máquina repite nombres, fechas, hechos y hasta juicios, antes aprendidos que comprendidos; pero que parecen ser del discípulo y le dan cierto aire de prodigio. El alma dormita, sin embargo; la imaginación, la moral, la poesía, que son nuestros guías celestiales, entorpécense y se mueven bajo el desarrollo mecánico de la memoria.

¿La felicidad doméstica? Se es muy niña para pensar en el hogar y además ¿no es cosa que atañe á los hombres? ¿La vanidad no dice á la mujer que su belleza es digna de homenajes, que la felicidad consiste en el lujo, que las riquezas le dan con-

sideración y que es menester enriquecerse á toda costa?

¿La prosperidad y la gloria del país? ¡Irrisión! ¿Cuál es la madre ó la buena maestra que en el tiempo presente se acuerda de esto?

En resumen ¿qué nos queda? Esta triste verdad: la vanidad ante todo: nada para la prosperidad general, nada para la felicidad particular.

Es cierto que, como advierte Aimé Martín, procuran templarse esos excesos de educación mundial, con el ejercicio de algunas prácticas religiosas; pero esta enseñanza, que tiene algo de monástica, es un embarazo más en nuestra educación. Damos á las jóvenes adornos mundanos, un maestro de canto, un maestro de baile, y no permitimos que vayan á los bailes, ni á las tertu-

lias concurridas: por un lado, desprecio del mundo, y por el otro, lecciones para agradarle. Adornamos su memoria con todas las obras maestras de la escena, y le cerramos los teatros diciéndole que todos los cómicos son condenados; le ponderamos la suerte de las vírgenes, y le mandamos que tome esposo. Siempre un paso adelante y otro atrás, una tentación y un discurso moral, una preparación para pecar y un escrúpulo de conciencia: mezcla miserable del siglo XV y del siglo XIX que tiende á hacer de la misma persona una penitente y una coqueta, el encanto de una sociedad y el ángel de un convento. Obsérvese tan sólo cuánto dista el catecismo de la ópera y reflexiónese que en el término de veinticuatro horas una joven que se casa pasa del

uno al otro sin advertirlo, y lo que es más triste, sin medios de preservarse. Estos contrastes tan violentamente reunidos chocan entre sí desde luego, y la guerra de las pasiones y de las preocupaciones empieza en medio de las seducciones del mundo, cuando falta toda fuerza y toda razón. Ningún amparo, ningún refugio, ni aun en su conciencia. La cuestión es muy sencilla: ó la nueva esposa ha de considerar á su marido condenado, ó ha de condenarse con él. ¡Tales han sido las previsiones y la sabiduría de nuestra educación femenil! De este modo nos pone esa educación en la necesidad de ofender á la ley ó de ofender á la naturaleza. El punto de escape es constantemente una caída en los bordes de un abismo.

No faltará quien piense que el cuadro anterior está recargado

de sombras, y acaso habrá madre de familia ó directora de colegio que nos tache de exagerados y hasta de ligeros. Para confundirnos podrán citarse planteles en que las niñas estudian ciencias naturales, retórica, física, química, etc., etc., y que podrían, si lo quisieran, optar al bachillerato y al doctoramiento, y se citarán talentos y se exhibirán calificaciones de *notable;* pero esto ¿qué probará? "Una cosa muy insignificante: que nada supera la vanidad de los discípulos, más que la vanidad de los maestros y los padres."

Si la vida de las mujeres hubiese de concentrarse en las fiestas; si se tratase únicamente de deslumbrar y agradar, el gran problema quedaría resuelto en favor de aquella educación; pero las horas del placer son muy fu-

gaces, viniendo en pos de ellas las lentas horas de la reflexión. La vida interior, la vida moral, las obligaciones de madre y los deberes de esposa, todo esto llega, y todo esto se ha dejado en el olvido. "Entonces nos agitamos en el vacío, en el seno mismo de nuestra familia, con pasiones caballerescas, una exaltación desenfrenada y el fastidio, que es el destructor de la virtud de las mujeres. Los gemidos que las funestas consecuencias que semejante estado de cosas producen, aturden nuestros oídos; siendo el grito general de todas las madres la queja de todos los maridos, y en situación tan apurada, en que todos se agitan y se desesperan, lo peor es que todo viene á parar en la indiferencia."

El Feminismo se impone

La mujer, como mitad del género humano, debe ser forzosamente un medio de mejoramiento; pues si á la suma de esfuerzos de carácter intelectual que el progreso requiere, se añadiese el esfuerzo que ella es susceptible de desarrollar; si en la lucha por la justicia, por la moralidad, por la armonía, por la ciencia, por el ideal noble y glorioso, élla aportara sus facultades, su gusto delicado, su laboriosidad paciente, su rica fantasía, su horror á la violencia y su espíritu de conciliación y de paz, ¡cuán pronto alcanzaría la humanidad las cumbres á que hoy trabajosamente se dirige!

Fuera del sentimiento de patriotismo ardiente que siempre halla ecos en el alma de la mujer española; fuera de la beneficencia á que responde con generosidad todo corazón femenil; fuera de los deberes de esposa y de madre, desempeñados según la educación recibida ¿no es cierto que cuanto enaltece á la humanidad y constituye un fin noble de la vida, suele ser para ella letra muerta?

Eduardo Sanz y Escartin dice en "El Individuo y la Reforma Social," que amor á la verdad, á la justicia, al bien común, deseo de perfección, espíritu de solidaridad social, aspiración á la reputación y á la gloria legítimamente adquiridas, labor asidua y constante, menosprecio de pequeñas vanidades y de ruines enconos, conocimiento de las le-

yes verdaderas de nuestra actividad y de las condiciones de nuestra dicha, todo esto es ageno á los gustos, á las necesidades, á los deseos de las mujeres.

Uno de los más insignes pensadores modernos, John Stuart Mill, hace poco más de un cuarto de siglo, que, en un libro lleno de ideas generosas, planteó en el terreno de la razón y de la justicia, el problema de la emancipación de la mujer. "Con dolor lo confieso, dice, el desinterés en la conducta, la consagración de nuestras fuerzas á fines que no reportan á la familia especial ventaja, rara vez encuentran aprobación en las mujeres." Y eso que Stuart Mill escribió tales conceptos teniendo á la vista á la mujer inglesa, que indudablemente era más instruida que la del Mediodía de Europa y que la

de nuestros países latino-americanos.

La ignorancia de la mujer priva al hombre de su principal elemento de ventura; y á esto se refiere el ya citado publicista inglés, cuando exclama: "Mujer que no impulsa á su marido hacia adelante, lo estaciona ó lo echa atrás. El marido cesa de interesar á su esposa; no aspira ya á nada; lo que antes amaba le es indiferente, y, al fin, huye de la sociedad que compartía sus primeras aspiraciones y que le increparía por abandonarlas; las más nobles facultades de su corazón y de su espíritu se paralizan, y coincidiendo este cambio con el advenimiento de los intereses nuevos y egoístas creados por la familia, pasados algunos años, no difiere en ningún punto esencial de los que jamás pensaron

sino en satisfacer vanidades vulgares ó su lucro y provecho.... Toda compañía que no eleva, rebaja, y cuanto más tierna y familiar sea, tanto más cierto es el aforismo."

Las dificultades de semejantes estados solamente pueden ser vencidas, y no sin detrimento, por condiciones de primer orden de corazón y de inteligencia.

Pero para salir de una situación tan deplorable, hay el medio de dar más libertad y mayor instrucción á las mujeres; librarlas de la semi-esclavitud en que se encuentran y acostumbrarlas á apoyarse en sus propias fuerzas y á amurallarse en sus virtudes; que ellas sean las que, avergonzadas, nos hagan avergonzar de las asimilaciones groseras que la sociedad resume de este modo: el café, la mesa, las mujeres, el

juego, los caballos, y que forman el triste catálogo de los placeres animales en que el hombre marchita hasta el seno que le llevó!

La instrucción es el remedio del mal; pero no una instrucción superficial y casi siempre inútil, sino la que al propio tiempo que capacita á la mujer para el desempeño de funciones sociales compatibles con su naturaleza y con sus aptitudes, constituye una verdadera preparación para los deberes de esposa y de madre que, en un orden normal, son el fin principal, aunque no exclusivo, del sexo femenino.

En los Estados Unidos del Norte y en Inglaterra, la instrucción primaria y universitaria de la mujer ha adquirido proporciones superiores.

En Francia hay numerosos liceos en donde se mejora ya la condición de la mujer.

Alemania, tan contraria hasta hace poco al progreso de la mujer, á tal punto que el discípulo más aventajado del profesor von Noorden de Gotinga, una señorita, tuvo que trasladarse á Berna, Suiza, para obtener su grado de doctor, tiene hoy instituciones de enseñanza, como el *Victoria Lyceum* de Berlín, que cuenta más de 1,000 alumnas.

Suiza es la nación europea que más cuida de la educación femenina, y es también la nación en donde las condiciones de aprovechamiento han aparecido superiores á las del hombre.

Las mujeres rusas tienen en sus manos la dirección de la enseñanza primaria, y desde 1877

ejercen la medicina, la abogacía y algunos cargos públicos.

España, nuestra madre patria, desgraciadamente, aunque cuenta con algunos centros de instrucción para la mujer, encuéntrase aún bastante atrasada en este punto; y todavía existen en Madrid, harapientas y pálidas por la miseria, multitud de niñas dedicadas á la venta de periódicos, cajas de cerillas ó décimos de lotería; á lazarillos de ciegos ó guías de impedidos, acompañando con ronca voz sus cantares ó el sonido de sus instrumentos, privadas, á decir de E. Rodríguez Solís, de toda educación y de toda instrucción, abandonadas en el proceloso mar de la vida, sin amparo y sin guía, y, por lo tanto, materia dispuesta para el vicio.

Felipe Estrada Paniagua

Seducción, ignorancia y miseria: éstas son las terribles palabras escritas en el peligroso triángulo en que ha estado colocada la mujer. Afortunadamente, hoy han sido cambiadas, por otras más verdaderas, más justas y más humanas: moralidad, instrucción, trabajo.

Idea generosa y humanitaria

Cuando la mente se fija en el largo y cruel martirologio de la mujer, cuando se recuerda á ésta, casada, robada, conquistada, vendida, repudiada, profanada, atada como un perro al carro del triunfador, uncida al yugo del arado como una bestia, sin libertad y sin derechos; y entonces se piensa en la santa madre que nos llevó en su seno y que nos amamantó á sus pechos, que sostuvo nuestra niñez y que nos veló en el lecho del dolor; cuando se trae á la memoria á la mujer querida á quien debimos el primer suspiro de amor; ¿cómo evitar que, á la vista de tanta sombra flotando sobre tanta claridad, para aho-

garla, deprimirla y ennegrecerla, el ánimo se conmueva, el corazón se altere y los ojos viertan lágrimas de sangre?

Hay al presente entre nosotros, una mano generosa y fuerte, tendida hacia la mujer para levantarla, para servirle de apoyo eficaz y desinteresado, para elevarla y dignificarla.

Hay una mano generosa, decimos, que trata de sacar á las mujeres del estrecho círculo en que la sociedad las encierra, y de extender sus pensamientos á todos los objetos que puedan hacernos mejores y más dichosos.

Esa mano generosa es la del primer Magistrado de la Nación, Licenciado don Manuel Estrada Cabrera.

Eugenio Pelletan puso la mano sobre el corazón de su patria, la heróica Francia; sintió sus lati-

dos, y ellos le inspiraron un libro admirable: "Los derechos del hombre."

El señor Estrada Cabrera puso también la mano sobre el corazón de su patria bien amada, Guatemala; sintió sus latidos, y concibió una idea altamente humanitaria y trascendental: la reforma de la educación, la dignificación de la mujer.

De esta noble idea brotó, el 4 de junio de 1905, la Escuela Práctica de Varones, y hoy surge, llena de ilusiones como la juventud, risueña como la esperanza y vencedora como la fe, la Escuela Práctica de Señoritas.

Harto se ha repetido que cada escuela que se abre, es una cárcel que se cierra y una luz que se enciende.

Pero en el presente caso no se trata simple y solamente de la

apertura de un nuevo plantel de enseñanza, sino de la evolución de ésta, del desarrollo en el terreno de los hechos de un problema que encarna el perfeccionamiento y el bien universales.

En el Prospecto de la Escuela Práctica de Señoritas, dice el señor Estrada Cabrera: "Ineficaz é incompleta sería sin duda alguna la evolución que trata de operarse en la instrucción popular, si no se principiara por donde es lógico y natural comenzar; por la instrucción y la educación de la mujer, que ha sido, es y será la primera institutriz en todas las sociedades del mundo y la primera persona en el orden físico y moral de los organismos sociales, como que desempeña el muy importante y elevado papel de esposa y madre, es decir, el

origen y la conservación inmediatos de la especie humana."

Pues bien: si hay quien afirma con frenético entusiasmo, que vivimos entre poetas que "tienen la aurora adentro," ¿por qué no decir nosotros, sin que nuestra afirmación carezca de lógica ni degenere en ridícula hipérbole, que los espíritus elevados que piensan y obran como los Fleuri y los Fenelón, como los Juan Luis Vives y los Stuart Mill, como los Melchor Gaspar de Jovellanos y los Estrada Cabrera, tienen un sol adentro?

¿Quéascensiónmásgloriosaque la que, traspasando las nubes, se hace hasta el cielo de la ciencia, sin extremecimientos neuróticos, sin fugaces chisporroteos de luz y sin el vértigo de la altura?

¿Qué misericordia más sublime que la misericoadia que nutre el

corazón de virtudes y el cerebro de verdades, que la misericordia que trata de redimir y enaltecer por la oración del trabajo; y así da el pan material de mañana, la medicina para el enfermo, y el consuelo y la fortaleza para el desgraciado, en todos los instantes de la vida?

La idea de instruir y de educar á las masas, exclusiva del tiempo moderno, abre un nuevo porvenir al globo, y quien la transforma en hermosa práctica, debe, con justicia, llamarse benefactor de la Humanidad: esa idea se desarrollará en una humilde aldea, en un pueblo, en una ciudad, en una nación; pero sus maravillosos efectos alcanzan pronto, ó al través de los años, á todos los ámbitos del mundo y son seguros présagos de mejoramiento y progreso.

Los antiguos legisladores, que mutilaban al hombre para dominarle, no la hubieran comprendido, y los legisladores de la edad media, que no creían que pudiese hallarse la ciencia más que en la iglesia, la hubieran tenido por una impiedad y una herejía. Y de esto el que ningún pueblo haya producido hasta ahora lo que hubiese podido producir, en sabiduría y en virtud. El espectáculo que se admirará con la instrucción y educación modernas, es un espectáculo sublime que faltaba á la tierra y que preparamos á los siglos que vendrán.

Dice Renán que "la mediocridad es escrofulosa y enfermiza." Pues esa mediocridad, que sólo alardea de calzarse el guante aristocrático del modernismo, para escribir en más ó menos rebusca-

das frases de efecto, perlas grises, *scherzos* y *liliales* que nada aportan al bien de la humanidad; ésa, que prefiere la aurora tibia, aunque divinamente poética, al sol en todo su esplendor, majestuoso, todo luz, todo fuerza y calor vitales; ésa, seguramente mirará con olímpico desdén la obra civilizadora y benéfica del señor Estrada Cabrera; pero, en cambio, los que no se extasían tontamente con fuegos de artificio, aunque éstos fueran de las más sorprendentes combinaciones en sus múltiples colores y luces, sí le baten palmas y la estiman en todo su valer, que es inmenso, que es inagotable y fecundo.

Educación Física

Lady Mary Wortley Montaing, en su regreso de la corte de Francia, se burlaba despiadamente de las beldades parisienses, flacas, acicaladas, amaneradas, y les contraponía con orgullo las de "los vivos colores y la cabal frescura" de las carnes inglesas. En desquite puede recordarse este retrato burl n de Hamilton: "Madama Wentenhall era lo que se llama toda una beldad inglesa; mezcla de azucenas y de rosas, de nieve y de leche, en cuanto á los colores; hecha de cera en lo tocante á manos y brazos, garganta y pies, pero todo eso sin alma ni expresión. Su rostro

era de los más lindos, pero era siempre el mismo rostro; se hubiera dicho que le sacaba de un estuche por la mañana para volver á guardarle al acostarse, sin haberse servido de él durante el día. ¿Qué queréis? La naturaleza había hecho de ella una muñeca desde su infancia, y muñeca se quedó hasta la muerte la blanca Wentenhall."

Pero, de todas maneras, nosotros opinamos con el insigne crítico Taine, que lo esencial en un país es el hombre, y que aun en el caso de ser vulgares la fisonomía y la forma, el conjunto satisface al espíritu; una osamenta sólida, cubierta de carne sana, es lo necesario para la criatura viva. Se experimenta la misma impresión que delante de una casa de buena piedra de talla, con su enlucido nuevo. No se

exige que sea de una arquitectura perfecta, ni aun elegante. Resistirá al mal tiempo; es cómoda y agradable para el inquilino.

Dos causas influyen en ese modo de ser de las inglesas: una, la naturaleza especial, la complexión hereditaria de la raza; otra, el hábito de la vida al aire libre y del ejercicio corporal. Esa *rude unfeeling health*, que espanta un poco á los extranjeros delicados, atribúyese á la equitación, á la natación y á los largos paseos á pie que dan por el campo las inglesas.

La verdadera base de la educación física en Inglaterra, está resumida por Spencer, así: la primera condición para vivir bien en este mundo es la *de ser un buen animal;* y la primera condición de la prosperidad nacional

es que la nación esté formada por *buenos animales.*

La educación física de la mujer es, por varios respectos, más importante que la del hombre; y modernamente, además, reclama la atención de los hombres de estudio, porque la gimnasia alemana que se hace en las escuelas, encuentra ya viva oposición entre algunos pedagogos y todos los fisiólogos.

Recientemente ha encontrado el profesor C. Bunge, una de las causas de la anemia y de la clorosis en las muchachas. Su cuerpo, en los años de la pubertad, debe hacer gran provisión de hierro, como un tesoro del elemento más precioso de la sangre, que la naturaleza pone en reserva y que la madre trasmitirá á su hijo. Y como la leche no contiene una cantidad de hie-

rro suficiente para la vida, debe la madre dar un exceso de hierro al niño antes de que nazca. Es una necesidad fisiológica, que puede convertirse en hecho morboso. El organismo obligado por las fuerzas reguladoras á buscar el hierro que necesitará después, consume ciegamente, si no lo tiene pronto, la sangre.

Debe, pues, la mujer, con mayor cuidado aún que el hombre, mantener activas sus funciones digestivas, ya que es más delicado el desarrollo de su cuerpo que el del hombre, y al presentarse los signos de su madurez se impone con síntomas más graves.

Por otra parte, el histerismo, sobre que tanto se ha discutido, es una degeneración del sistema nervioso que está fomentada por la vida sedentaria. Es una triste prerrogativa de la mujer y de los

hombres débiles; es una enfermedad que se considera ahora como un estado de fatiga permanente. ¿Y cómo prevenirla, sino vigorizando el organismo por medio del ejercicio? El ejercicio, la luz y el aire libre consiguen frecuentemente curarla, porque vigorizan el sistema nervioso.

¿De dónde proviene que veamos muchachas que á cada momento se sientan, que están pálidas, que tienen grandes ojeras, que se distraen con facilidad, que se quejan de pesadillas que las agotan, que tienen perturbaciones nerviosas en la respiración y en la formación de la voz y una digestióu pesada y presentan cambios demasiado rápidos en sus estados anímicos, pasando de improviso de la alegría á la melancolía, de la risa al llanto, de la palidez habitual al calor

arrebatado, de dónde proviene, decimos, sino de que tales jóvenes se abandonan á un reposo que las enerva?

He aquí el por qué de la preocupación actual en todo el orbe civilizado de hacer más atractiva la gimnasia por medio de los juegos, y agrandar las palestras y ver el modo de que las muchachas encuentren toda clase de facilidades para moverse y crecer en condiciones más fisiológicas é higiénicas.

La gimnasia como ahora se hace en las escuelas, no sirve para dar vigor y robustez á los jóvenes, y debe ser reformada.

En algunos colegios privados, en los de señoritas sobre todo ¿qué se hace? Excitar la vanidad de las alumnas y halagar la de los padres y la de las maestras. Los ejercicios que se hacen eje-

cutar ante el público, son acompasados, rítmicos, combinaciones variadas y preciosas, posturas elegantes y pasos de baile admirables: grupos encantadores de niñas que hacen expresamente para ese acto los más pintorescos y á las veces más caros trajes; luego los aplausos frenéticos de los concurrentes y las repeticiones, y más tarde la crónica de los periódicos, pródiga en alabanzas para los actores y henchida de felicitaciones para las directoras; pero siempre tratando el asunto como espectáculo y nunca como parte esencial y principalísima de la educación. ¿Y en el fondo, qué? Durante todo el año escolar, el olvido absoluto de la educación física: un mes ó más, antes de la época de los exámenes, la gimnasia á todas horas para la exhibición brillante del colegio.

¿Será esto cumplir con el antiguo precepto de *mens sana in corpore sano?*

Hemos confundido la facultad de digerir, con la facultad de deglutir, y engullimos á los niños todo el día de un alimento del cual no pueden nutrirse, y les robamos un tiempo precioso para el desarrollo del organismo y para el reposo del cerebro.

Es un apostolado, dice Mosso, y una misión digna de todo hombre de corazón la de alegrar y de vigorizar á la juventud, y un sentimiento civil y patriótico debe inspirar en la reforma de la gimnástica.

Pues ese apostolado y esa misión digna corresponden en Guatemala á su gobernante el Licenciado don Manuel Estrada Cabrera. Ayer, en la Escuela Práctica de Varones, y hoy, en

la Escuela Práctica de Señoritas, reforma, ó, mejor dicho, es el primero que establece la educación física como punto esencial é imprescindible del plan de estudios; y así, dice el Prospecto: "La Escuela Práctica de Señoritas, que también servirá de ensayo para los sistemas de instrucción y educación en nuestro país, tiene por objeto educar simultánea y gradualmente la parte física, intelectual, moral y estética para satisfacer los fines de la vida."

La calistenia, la natación y otros ejercicios físicos apropiados al sexo y á nuestro modo de ser, y los entretenimientos y recreos de buena sociedad ó instructivos, que ya están establecidos, son la base de la educación física de tan importante como útil centro de enseñanza práctica.

Ideales nobles y elevados

Hagamos ciudadanas á nuestras madres, exclama Aimé Martín, y cambiará todo; que en vez de competir, como hacen las amas de cría, sobre cual de ellas tienen los niños más rollizos y mejor vestidos, rivalicen, de acuerdo con el buen Amiot, en quien infunde más virtud en su alma y más vigor en su espíritu, y el pueblo en que así se hiciere será modelo de las naciones. "Legislador sublime: tiempo es ya de que lo tomes en consideración; las mujeres que olvidas, forman la mitad del linaje humano; deseas magistrados, guerreros y ciudadanos; pues bien, si quieres que prospere un reino, una república,

dirígete á las mujeres, porque si ellas no infunden en nuestra alma apego á tus instituciones, las obras de tu ingenio quedarán sin efecto y sin resultado en medio de los pueblos."

Instruir sin inspirar, equivale á esterilizar; y por esto, al lado de la educación física, que aislada sería la crueldad del animal ó la barbarie del salvaje, ponemos la educación moral, que es el alimento del alma, confiado á la ternura de las madres, y la educación intelectual, que fertiliza el pensamiento y es asunto de los maestros.

¿Qué diríamos de una instrucción que no hablase de las necesidades del siglo? ¿Cómo servir á la Patria con abnegación y desinterés, si la instrucción que se impartiera fuese la de estudiante, y no la de ciudadano?

¿No se juzga necesario ningún conocimiento del idioma en un gobierno en que la palabra reina: ningún conocimiento de la verdad en un país en que se pugna aún porque prevalezcan la mentira y el error: ningún estudio de las instituciones en una república en que esas mismas instituciones consagran derechos é imponen obligaciones?

La Escuela Práctica de Señoritas puede contestar victoriosamente, que ella consigna en su Prospecto y tiene establecidos, además de "ejercicios físicos apropiados al sexo, de ejercicios intelectuales, de prácticas morales, de labores de mano y entretenimientos y recreos de buena sociedad é instructivos, *estudios cívicos referentes á los derechos y obligaciones del ciudadano*, *lo mismo que otras enseñanzas á tal*

respecto conducentes; "que debe hacerse sentir y comprender á todas las alumnas, que fuera del trabajo no hay felicidad posible; y que debe infundírseles el amor á la Patria, el ejemplo moral y el mutuo socorro y compañerismo."

¡La Patria y la Humanidad! ¡Cómo deben vibrar esas notas en todos los corazones generosos y altruistas!

¿Compréndese más elevado ideal? La aplicación de la moral á las instituciones humanas, es el paso más gigantesco que se haya dado de trece siglos á esta parte hacia la perfectibilidad indefinida, cuya acción es necesario reconocer estando, como estamos, rodeados de sus beneficios.

Dice Fenelón que el hombre debe más á su familia que á sí

mismo, á su patria, que á su familia, y al linaje humano, que á su patria; y este pensamiento generoso, que por mucho tiempo fué tan sólo una máxima cristiana, en el alma de Montesquieu se transforma en ley del mundo político: resuena dulcemente en todos los oídos y hace latir todos los corazones, y con todo, hoy mismo, diferencias de raza y de civilización y egoísmos nacionales invencibles, posponen el sentimiento de humanidad al grito de ¡Patria!

El amor á la patria es, pues, el sentimiento que hay que despertar en el corazón de la mujer que se educa, para que, cuando sea esposa, sepa sostenerlo y enardecerlo en su marido, y cuando llegue al augusto puesto de madre, lo trasmita, junto con su

sangre y sus virtudes, á los renuevos de su vida, sus hijos.

La educación tiene por fin formar al hombre miembro de la sociedad y al ciudadano miembro del Estado.

Francia ha tratado de hallar un tipo de educación que forme, ante todo, al ciudadano fuerte que pueda, si no vengar al Sedán del pasado, evitar otro Sedán en lo futuro.

¿Cuál es el desideratum de la educación inglesa? Formar el ciudadano típico.

El Emperador de Alemania pronunció en 1896 un discurso célebre, cuya tesis es "que la escuela no está á la altura que debiera, porque *no sabe formar al ciudadano;* y eso que los alemanes, en medio de su educación enciclopédico-panteísta, que brega por sentirlo y pensarlo

todo, tienen un ideal resplandeciente, especial y restringido, un ideal más estrecho y positivo que es como la esencia misma de su decantada "bicefalia;" el sentimiento de su nacionalidad, la expresión prepotente de su adorada patria, á quien claman "sobre todo, sobre todo el mundo:"

> Deutchland, Deutchland, über alles;
> Uber alles in der Welt..........

Eclecticista y nacionalista: estos son los caracteres distintivos de la educación alemana, y de allí surge ese tipo ideal, soñador y equilibrado, tan filósofo y artista como negociante, tan sentimental cuanto práctico, que obra como John Bull y como el tío Sam, pero que es más fuerte que el tío Sam y que John Bull, porque también sabe soñar como Goethe y como Wagner.

"Querer es poder," dice un refrán castellano. "Querer es hacer," dice con mayor energía, energía germánica, un refrán alemán: *Wollen ist machen.*

La Escuela Práctica de Señoritas, quiere sugerir ideales como el fin más alto de su educación, porque con ellos tendremos sentimientos que den unidad á nuestros actos, sinceridad á nuestras empresas y rumbos á nuestras vidas.

Piensa Bunge que es frecuente error del vulgo suponer que el estadista, el ciudadano dirigente, no necesita más que astucia y buen sentido para inspirarse en el difícil arte del gobierno; que basta al legislador conocer las necesidades del país; al juez saber las leyes.... Sólo la ignorancia de la historia puede preconizar error tan grave, pues la expe-

riencia de la humanidad nos demuestra que no es la prudencia ni la sagacidad, ni el buen sentido, ni los conocimientos sólidos, lo que impele, por los mares del progreso, las velas de los gobiernos, sino las sublimes pasiones, los ideales sublimes. Harto sangrientamente demostrado está que aquellas condiciones no son las que engendran los adelantos, sino simples colaborantes, y á veces, sólo obstáculos al retroceso. *Algo* más se necesita: y ese algo, que no es sólo inteligencia, es la depuración suprema de la sensibilidad: los ideales. Es en la actualidad, entre nosotros, el fin supremo de las escuelas prácticas: sugerir á cada uno el ideal de la patria, de la honestidad, del trabajo, de la verdad y de la belleza.

Educación del carácter

I

La grandeza de un pueblo, dice Spencer, proviene del carácter particular de sus ciudadanos, porque una nación no es más que un compuesto de individualidades, y la civilización toda entera no está hecha de otra cosa que de los particulares progresos. Pero es más: el carácter de los individuos no sólo da forma y fisonomía ética al todo nacional, sino al propio órgano del derecho, al Estado.

El carácter es, pues, tipo, índole, naturaleza y voluntad, decisión, fuerza moral para el bien y contra el mal; es, en fin, la ver-

dadera nota distintiva de la individualidad y la libertad; y de aquí el que se haya convertido en axioma, la afirmación de que un hombre sin carácter es más bien *cosa* que persona, y que un pueblo sin carácter es un verdadero *paria* de la civilización, una entidad geográfica que vive una vida puramente mecánica como la de los organismos inferiores, falto de autonomía moral para regir su existencia.

Cuando se dice "genio y figura, hasta la sepultura," no se dice toda la verdad, aunque ciertos refranes y postulados de la dogmática vulgar hayan entrado á formar parte de la ciencia; pues la vida tiene horror á la quietud, y por medio de sus actividades todo lo trastorna y modifica. Si examinamos la naturaleza física y si estudiamos la llamada moral,

veremos que nada hay inmoble, en virtud de esa gran ley del universo, la evolución, que todo lo saca de quicio, sin brusquedad ni violencia, con una especie de suave y á la vez firme lentitud, de cariñosa energía.

La evolución en el orden moral es el bien, en el orden jurídico la equidad, en el orden físico la energía, y en lo que se refiere al carácter individual ó social, es la educación.

Perfeccionar la índole de las personas, encarrilar la voluntad en el ejercicio de la virtud, es, sin duda, el fin más bello de la educación, porque el carácter, en su doble acepción moral, es lo que decide de la conducta de los hombres y de los pueblos.

Hay caracteres fuertes y caracteres débiles, caracteres buenos y caracteres malos. ¿Queremos

perfeccionarlos, es decir, mejorar las condiciones de herencia y medio-ambiente? Pues el único medio es su educación, ya que educando el carácter, se hace el futuro.

"En suma: el carácter es el quid enigmático del libre albedrío, así como el libre albedrío es el enigmático quid del hombre. Ataquemos la esfinge en el corazón de la esfinge. Eduquemos el carácter."

¿Y cómo educarlo? *Sugiriendo ideales é inculcando buenos hábitos;* pues, como anota un publicista, el hombre obra siempre bajo la influencia, fausta ó nefasta, de sus ideales, positivos ó negativos. Podrán ser el hambre ó el amor, ó sean el individuo y la especie, los dos únicos resortes primitivos de la psicología; pero esa psicología, afinada y refi-

nada en millones de generaciones, transformando en su evolución sus primeros instintos, presenta hoy en el hombre civilizado, sobre todo en *l'élite*, infinitas facultades de alta sensibilidad.

Las nociones de ética y estética, son ideales abstractos que informan la educación mejor de nuestros días, así como los modelos de individuo, patria y progreso, son los ideales concretos que palpitan universalmente.

Francia, en el transcurso de veinte siglos, se ha modelado su carácter nacional, heroico é innovador, que acaso ninguna educación podrá destruir ni modificar, de tal modo que su grandeza, nacida con Vercingitorix, en nada se ha aminorado después de Bonaparte y Víctor Hugo.

El ideal de Inglaterra, desde Juan hasta ahora, es el uti-

litarismo y el individualismo, que describe Macaulay en esta norma de conducta del estadista: "no preocuparse nada de la simetría, y preocuparse mucho de la utilidad; no suprimir nunca una anomalía; no innovar nunca sino cuando se deja sentir algún inconveniente, y no innovar entonces sino lo indispensable para suprimir ese inconveniente; no establecer nunca una proposición más amplia que el caso particular que se remedia."

El panteísmo, es el nervio, el pensamiento, el alma-mater de Alemania, y así son típicos, en religión, Lutero; en literatura, Goethe; en arte, Wagner; en filosofía, Hegel, y en ciencia, Hæckel; pero allá, desde el kindergarten hasta las universidades, están saturados de este principio: el ideal de la patria, de la hones-

tidad y de la belleza, como fin supremo de la instrucción pública. Al estudiar el idioma nacional, la historia, la filosofía, la religión, el maestro, más que á instruir, en la acepción estricta de la palabra, tiende á elevar el alma del discípulo, inculcándole sabios aforismos y nobles sentimientos.

La unidad del lenguaje y el espíritu fuerte, según el sentir de Bunge, casi ingenuo, didácticamente heroico, de la robusta literatura alemana, facilitan esa tarea. No es posible hallar en otras literaturas tantos trozos que canten la altivez cívica, el valor, la bondad, el patriotismo, la nacionalidad. El *Lesebuch*, libro de lectura, crestomatía nacional que sirve abundantemente en sus varios tomos, desde la primera clase hasta la última, es un

riquísimo conjunto de nobles ejemplos y sentimientos grandes. Su título mismo es con frecuencia sugestivo de un alto sentimiento. El más usado de todos esos *Lesebuch*, se intitula *Das Vaterland*, "La Patria."

II

Ghild, en su obra *Repúblicas hispano-americanas*, publicada en Nueva York en 1896, y R. Groussac en su libro *Del Plata al Niágara*, editado en Buenos Aires en 1897, hacen de todos los países americano-españoles, apreciaciones desconsoladoras y ofensivas, en las cuales, afortunadamente, hay mucho de exageración.

El publicista argentino Bunge, aunque herido vivamente en su sentimiento patriótico, reconoce que hay algo de verdad en aquellas apreciaciones que él sintetiza

así: "falta de ideales altos, de moral, de responsabilidad, pereza para ocuparse concienzudamente de las cosas serias de la vida, innobles sentimientos de baja emulación, criterio superficial, falta de respeto y de delicadeza, mala fe individual y social, olvido de los intereses nacionales, que quedan así superpuestos á las pequeñas pasiones egoístas, venalidad en el juicio, ausencia de altivez cívica.... Pero si el cáncer *no* es incurable, ¿dónde hallar los remedios sino en la inmigración por una parte, y en la educación por otra?"

¿No es cierto que el cuadro es en extremo sombrío y que al examinarlo se sienten oleadas de sangre, invadir el rostro y anudarse en la garganta cual constrictora serpiente?

Pero ¿qué mucho que los anglo-sajones, con razón ó sin razón, nos azoten tan duramente á los latino-americanos, cuando nosotros mismos les damos escrita la lección? Ayer no más, un periódico de allende el Paz decía, refiriéndose á una compañía de acróbatas de nuestras repúblicas: "Atrayente para la clase popular es en este circo, lo que pudiéramos llamar *el carácter nacional, que se revela en el género de las pantomimas y en los versos del payaso....*"

¿Que el carácter nacional se revela en el género de las pantomimas y en los versos del payaso? ¡No, por Dios! Presentarán escenas azaz ridículas y grotescas de nuestra vida, entonarán canciones y recitarán versos populares, que sean reflejo de un dolor, manifestación de alegría ó inge-

niosidad de una burla ó censura; pero no serán nunca lo que es y debe ser nuestro carácter nacional, pues con todo y nuestros defectos, que reconocemos ser muchos y grandes, también tenemos cualidades buenas que nos hacen esperar un porvenir venturoso.

Decir que el carácter nacional se revela en las pantomimas, porque los concurrentes á los circos celebran los chistes de los *clowns* y los aplauden á veces, locamente, es como afirmar que la esencia natural del hombre antiguo era la esclavitud, por estar sujetos á ser gobernados por ella, la mayoría de los hombres de aquel tiempo.

Creemos que, psicológicamente, somos hasta ahora un pueblo indefinible. ¿Y cómo habíamos de tener verdadero carácter nacio-

nal, como Inglaterra, como Alemania y Francia, si España, nuestra progenitora y maestra, actualmente no tiene ella misma fisonomía propia?

Un escritor español, Pascual Santa Cruz, lo afirma así cuando dice: "Vencidos en nuestro propio territorio por los árabes, ellos nos han dejado lo poco original y bueno que hay en nuestro sér moral. Vencedores en ageno territorio, no hemos podido dar fisonomía propia á lo conquistado, porque no la teníamos."

Independizados nosotros en 1821 ¿cómo formar, en medio de nuestras funestas disensiones políticas y bajo el yugo de un poder teocrático y retrógrado que felizmente concluyó su papel en 1871, lo que naciones fuertes y poderosas no han alcanzado sino en siglos de lucha continua por

el mejoramiento de la propia especie?

Y ¿cómo formar ese carácter nacional? He aquí el problema.

No hace muchos años que un pensador francés, Demoulins, inauguró una escuela que bien podemos llamar *anglo-individualista*, en razón de su objetivo y sus doctrinas. De esa escuela ha surgido un libro, célebre ya, que hablando de la decadencia de la raza latina y de la elevación de los sajones, dice de éstos: "Pues esos pueblos existen, y es necesario ser ciego para no verlos. Son aquellos que conquistan actualmente el mundo, que lo civilizan, que lo colonizan, que en todas partes hacen retroceder á los representantes del antiguo régimen social y que verifican prodigios por la sola acción de la iniciativa particular, por la sola

potencia triunfante del hombre entregado á sí mismo. *Y si queréis, por un solo ejemplo, comprobar inmediatamente la diferencia entre los hombres formados por el nuevo método y los hombres formados por el antiguo método, que desgraciadamente es todavía el nuestro, comparad lo que los primeros han realizado en la América del Norte y lo que los segundos han hecho en la América del Sud.* Es el día y es la noche; es el blanco y es el negro; es, de un lado, la sociedad que se lanza hacia adelante, hacia el mayor desarrollo conocido de la agricultura, la industria y el comercio; es del otro, la sociedad retenida hacia atrás, atada, estancada en una perezosa vida urbana, en el funcionarismo, en las revoluciones políticas. En el Norte, es el

porvenir que surge; en el Sur, es el pasado que se va."

Ese libro, que es una dura lección para nosotros, una lección que debe obrar en nosotros como el milagro de Lázaro, fué obsequiado por el señor Presidente de la República, Licenciado don Manuel Estrada Cabrera, á los estudiantes de Derecho, con la noble idea de que, penetrados éstos de sus doctrinas, las propagasen como les fuese posible á fin de preparar el terreno para la benéfica evolución de la enseñanza que hoy, con tanta energía, eficacia y acierto, se lleva á cabo.

III

De las comparaciones hechas entre ciertos rasgos del carácter sajón con el del carácter hispano-americano, resulta, principalmente entre la juventud

rica de las capitales del Nuevo Mundo, según ha notado un viajero-yankee, un marcado espíritu anticristiano, antihumanitario, de malevolencia y de sarcasmo, empleado sin criterio á favor de cosas pueriles é indignas, y en contra, á veces, de lo que mayor respeto merece: de modo que los signos distintivos de esa nuestra pseudo-aristocracia, serían la incapacidad y la petulancia; y entre la casi totalidad de anglo-americanos, según observación de un escritor franco-argentino, el pueblo es benévolo, el pueblo-mammut es un pueblo bueno, el pueblo-mammut es un pueblo ingenuo; posee esa bondadosa candidez de los gigantes; no es mordaz como los pigmeos amargados por su propia insignificancia.... "¡Ignoran la ironía!," exclama, y añade con la

ironía que él mismo está censurando: "Ese axioma parece una perogrullada, pues equivale á afirmar que los paquidermos no sienten cosquillas...... "¡Felices los pueblos que ignoran la ironía!"

En la misma Francia, cerebro y corazón de Europa, un francés se admira del candor del carácter yankee y hasta se burla de él finamente, pareciendo desconocer su belleza moral, su significación como síntoma de virilidad. Halla pueriles á esos niños grandes que construyen casas de treinta pisos, inventan con Edison y cantan con Poe.

En cambio, un alemán los admira, acaso por espíritu de raza, pero, sobre todo, porque los alemanes saben bien que la buena fe es condición del atleta en la lucha por la vida. Y tan cierto es

esto, que es lo primero que enseñan en sus *Gimnasien* y *Realschulen.* En sus libros de lectura ponen siempre al frente, con caracteres los más visibles, para impresionar á los educandos, esta cuarteta de Arndt:

Deutsche Freiheit, Deutscher Gott,
Deutsche Glaube ohne Spott,
Deutsches Herz und Deutscher Stahl
Sind vier Helden allzumal.

Traducida libremente, quiere decir que la libertad de los alemanes, el dios de los alemanes, la buena fe exenta de toda burla de los alemanes y el acero de los alemanes, son las columnas que sustentan la grandeza de Alemania á través de la historia. Aunque con menor fuerza, de esa misma condición está impregnado el carácter nacional de los otros dos pueblos sajones, Inglaterra y los Estados Unidos de Norte-América.

Por supuesto que, al que conozca la política de Bismarck y de todos los cancilleres ingleses, algo de eso parecerá paradógico, si no toma en cuenta que, en tretas y todo, esas cancillerías participan de la ruda ingenuidad del más fuerte para *the struggle for life.*

Aunque tememos fatigar con nuestras frecuentes citas, que no se pueden evitar tratándose de un asunto tan interesante como es la educación en general, y en especial la del carácter individual y nacional, vamos á transcribir lo que dice un autor distinguido con relación á una de las naciones más prósperas de Sud-América, sino la que por hoy va al frente de la civilización, la República Argentina. La pintura no es sospechosa, pues es hecha por un argentino ilustrado y bien

intencionado, y en una obra harto seria, *La Educación*. Dice así Carlos O. Bunge: "Los argentinos, en vez de apreciar la buena fe, la ingenuidad muy meritoria del carácter de los hombres, como los pueblos germanos, los solemos considerar una condición ridícula, desabrida, pueril. La descalificamos con frecuencia, hasta el punto de que se les ha llamado *zonzos* á Belgrano y á Mitre, los dos políticos y militares de mejor fe de nuestra historia. De tal modo que á la *Historia del General Belgrano*, por el General Mitre, se la ha definido así: "La historia de un zonzo contada por otro zonzo."

"No sólo menospreciamos esa insigne cualidad, sino que llegamos hasta aplaudir la opuesta, la torpe guasonería andaluza, ó más bien, una más torpe y

más punzante guasonería criollo-andaluza, que nos es propia, y que germina por doquiera en nuestro país, en los tugurios de los arrabales, en las pulperías de campaña, en los colegios, en el foro, en los salones. Es una vegetación bravía que ahoga otras florescencias más nobles del espíritu, como la cortesía, el respeto, la seriedad, la disciplina, los sentimientos humanitarios, la nobilísima sinceridad...."

"La sociedad argentina más *selecta*, lleva hasta tal punto esa tendencia denigrante de la dignidad humana, que en su *argot elegante* se pueden contar innumerables términos anticastizos ó usados en acepción anticastiza, que ha inventado para expresar ideas bien crueles á veces, de maliciosa burla. He ahí un síntoma que desalienta, y que puede

llamarse, si no de degeneración, de clorosis moral."

"Si siquiera esa guasonería criollo-andaluza sirviese para enaltecer y ridiculizar lo que tal mereciere, no sería tan triste síntoma del *carácter nacional;* pero harto frecuentemente se emplea con un criterio el más absurdo, satirizando elementos progresistas y positivos y ensalzando factores negativos para el progreso y la grandeza de la patria. Y esa gruesa burla, que tanto chocaría en cualquier esfera de una sociedad sajona, suele ser aquí fuente de elogios y de risas soeces...."

"En la esfera social más culta de Buenos Aires se suele palpar un espíritu general de malquerencia, semejante al que atribuye el Padre Coloma, ese jesuita que de tantos medios de observación

dispone, á la aristocracia madrileña; á esa aristocracia que le inspira por epígrafe del libro de costumbres en que la retrata—ó caricaturiza con líneas de sangre—como una exclamación de asco, la de Hamlet respecto á Dinamarca: quien oye surgir ese grito trágico, como un suspiro ahogado, de las entrañas de un confesionario, bien puede temer por el porvenir del león de Castilla...."

Si estudiamos los usos, las costumbres y el modo de ser de esa parte de nuestra sociedad que durante la época del coloniaje constituyó la nobleza del reino de Guatemala y después de la independencia nacional, en los tiempos de Carrera y de Cerna, continuó imperando sobre la masa general del pueblo, merced á la ignorancia y al fanatismo reli-

gioso en que lo mantenían sumido, ¿no podríamos decir nosotros otro tanto?

¿No hemos sido testigos de las burlas sangrientas con que los conservadores recibían todo progreso dimanado de la revolución del 71 y la ironía con que se referían á los gobernantes liberales?

¿No hemos visto los esfuerzos hechos para desprestigiar y más aún, para detener el paso, á toda idea generosa y civilizadora?

¿No ha sido escarnecido J. Rufino Barrios y maldecida la Reforma?

¿No ha sido mal interpretado, con refinada malicia, y calumniado el Presidente actual, señor Licenciado Estrada Cabrera, por las mismas obras que son legítimo timbre de honor y de grandeza para nuestra Patria?

Nuestro carácter nacional

CONVIENEN todos los pensadores modernos, ya sean filósofos, estadistas ó poetas, en que, si el carácter es la resultante de la herencia, los ideales y los hábitos, su perfeccionamiento es, en el orden individual, el más alto fin de la educación, y, en el orden nacional, constituye el más profundo, el más difícil y el más importante problema de cuantos pueden ocupar la mente del sociólogo.

Dan tanta importancia á la educación del carácter nacional, que, á su lado, encuentran hasta triviales y secundarias las cuestiones políticas, monetarias y administrativas.

De raciocinio en raciocinio llegan hasta estas deducciones: ¿Qué provecho, dicen más ó menos, reportaría al porvenir de un país, una excelente hacienda, una sensata organización, una hegemonía sobre las naciones circunvecinas, si su pueblo estuviese destinado á poseer, en día próximo, un carácter baladí, charlatán, quijotesco, inactivo, torpe hasta calmar todas sus hambres con pueriles satisfacciones—*panem et circenses*?

¿Qué importarían, por otra parte, una organización deficiente, una política débil, hacienda agotada, costumbres perniciosas, absurdos prejuicios, para un pueblo que poseerá mañana un espíritu de hierro, incansable en el trabajo, valiente en sus concepciones, fecundo en todas sus actividades?

Y de esto se ha llegado á la conclusión de que, de todos los ideales, hay uno supremo: el del carácter; y que sugerir el ideal de un hombre modelo, dechado de virtudes, es la *última ratio* de la ética, de la historia, de la filología: es algo como la concentración, como la condensación suma de los demás ideales, de los sentimientos, de las aspiraciones.

En la antigüedad era ya cuestión importante la cuestión de carácter, y ésta, á través de más de dos mil años, desde la genial metáfora de Teofrasto, *rasgos morales*, ha sido objeto de una gran evolución psico–filológica.

Un autor moderno, Samuel Smiles, en uno de sus cuatro libros más populares, que no son sino series, á veces deshilvanadas, de anécdotas morales, aunque

está muy lejos de ser un psicólogo como el citado Teofrasto ó como La Bruyere, pero ni siquiera un moralista como Tomás Oberbury, es visible que entiende por carácter una amalgama de estas ideas: índole, voluntad, tesón, esfuerzo y elevación de alma.

Guatemala, como ya lo dijimos, no tiene en verdad carácter típico, verdadera personalidad moral, y no la tiene por dos razones: porque no la heredó de su conquistadora, España, que tampoco la tenía, y porque, en poco más de tres cuartos de siglo que lleva de vida autónoma, no ha tenido apenas tiempo para crear su individualidad ética, pareciendo más bien encarnar en la mayoría de sus miembros el egolatrismo de Max Stirner.

El empirismo y la rutina afirmaron por mucho tiempo que la

cualidad predominante en el pueblo guatemalteco es el sentimiento religioso. Aparte de que todos los hombres y todos los pueblos son religiosos, porque en todas las almas hay un altar, por oculto que esté, para las grandes ideas y sentimientos, y el culto de éstos y aquéllas—Dios, el trabajo, el arte, la ciencia, la patria—constituye una religión, no creemos que, en el sentido que se quiere dar á tal concepto, haya mucho de exacto.

Verdad es que Guatemala, hasta 1871, fué casi un sombrío convento, y que contaba con legiones de frailes y de monjas vegetando entre la holganza y la estéril oración de los rezos; pero, bien puede sostenerse, con todo y eso, que entre nosotros no ha habido nunca religiosidad íntima y espiritual, verdadera, en la

colectividad, sino pasiones sectarias ó pasiones de mando, disfrazadas con careta de religión: la religión en Guatemala ha sido una rutina de la mente, una tiranía del hábito, una cuestión que afecta más á los nervios periféricos que al corazón. Se ha sido católico, como se pudo haber sido comerciante, porque lo fueron nuestros padres; pues ¿qué idea tendría de la religión esa turba multa de energúmenos que en las ceremonias y fiestas religiosas poblaba los aires con rabiosos gritos de viva el Papa-Rey y con cánticos de letanías en idioma no entendido?

A raíz de nuestra emancipación política, un hombre, el Arzobispo Fray Ramón Casaus y Torres, quiso encarnar el catolicismo batallador, sangriento, intrigante, diplomático, artero, mundano

y codicioso, y aunque se estrelló ante los esfuerzos del liberalismo, su influencia alcanzó hasta la administración de Cerna.

En Guatemala, pues, más que religión, ha habido política religiosa; y el pueblo, en el fondo, es escéptico, y más que escéptico, indiferente.

Si el pueblo guatemalteco–no hablamos de esa burguesía pseudo–aristocrática–fuera un pueblo educado é intelectual, tal vez no habría ningún otro que le igualara en la práctica de las virtudes democráticas, pues tiene arraigado el instinto de la libertad y de la Patria, y ya éstas le han hecho verter muchas lágrimas y derramar mucha sangre.

Los escritores sajones, cuando tratan de nosotros, generalmente sacan á relucir y abultan nues-

tros vicios y nuestras cualidades negativas; pero hacen caso omiso de nuestras virtudes, que sí tenemos algunas, y así, poca cosa ó nada dicen de nuestros sentimientos hospitalarios, que á veces nos llevan hasta la candidez; de nuestro valor que, aunque indisciplinado, en ocasiones es arrogante, y del amor á la Patria el cual, á pesar de sus egoísmos de terruño, es siempre una cualidad que debe abonársenos, así como muchos actos inspirados en ideas filantrópicas y altruistas.

Ideales que sugiere la Escuela Práctica de Señoritas

Sin hacer caso omiso de nuestras virtudes ni de nuestros vicios, creemos no equivocarnos si aseguramos que el pueblo guatemalteco tiene un rico tesoro de espiritualismo y nobleza, que hábilmente aprovechado por sus directores morales, puede darle el vigor para el bien, para la dignidad y para el sentido positivo.

En el *subsuelo nacional*, en el alma colectiva, en la muchedumbre, arden con llama viva y poderosa, la nobleza y el sentido *ético*, tan apagados en la superficie de la vida social; y en las desacordes notas de nuestro

carácter, pugna por latir un germen de verdadera personalidad, de inconfundible esencia, que sólo necesita desenvolverse al calor de una buena y sólida educación nacional.

Esa buena y sólida educación nacional es la que promueve hoy el señor Licenciado Estrada Cabrera, con la reforma de la enseñanza que se ensaya, con éxito feliz, en sus excelentes Escuelas Prácticas.

"Para concluir, dice el Prospecto de la Escuela Práctica de Señoritas, bueno es que quede consignado:"

"1º—Que el espíritu de la enseñanza y de la educación en la mujer, es verdaderamente práctico y altamente igualitario."

"2º—Que la disciplina se debe sostener por la común emulación,

por el sentimiento del deber y por el verdadero atractivo del estudio."

"3º—Que debe hacerse sentir y comprender á todas las alumnas, que fuera del trabajo no hay felicidad posible."

"4º—Que debe infundírseles el amor á la Patria, el ejemplo moral y el mutuo socorro y compañerismo; y"

"5º—Que el objeto de la Escuela Práctica de Señoritas es preparar el establecimiento de centros de enseñanza en que la mujer aprenda á gobernar con orden, acierto y economía su casa y á ganarse honradamente la vida, si es posible por sí sola, entrando á la comunión general de la sociedad en que vive."

Tenemos, pues, según se desprende de los anteriores hermosos conceptos, que ya se trata de

sugerir ideales como el fin más alto de la educación; y que se quiere inspirarlos en la mujer, madre, esposa, hermana ó institutriz—para hacer más fecundos y más lozanos y apetitosamente atractivos sus frutos; se quiere intervenir en los hogares del *futuro*, tendiendo á arraigar en el alma de los niños el ideal del hogar.

Alguien argüirá que los ideales nacen con el hombre, y que son producto, ante todo, de su herencia psíquica; pero á eso contestamos que también la educación puede formarlos, pues aunque ésta no es parte á *crear*, sí puede *encauzar* las remotas *aspiraciones*, designándoles fines concretos; y para esto, en los tiernos años de la infancia, ningún poder mayor de sugestión que el de la madre.

Con razón dice un escritor que las ideas cambian más que los sentimientos; que la inteligencia del hombre no es la del niño; pero que el corazón del hombre es el corazón del niño. De aquí el que los ideales deban inculcarse desde la infancia.

Reza una frase popular que "la costumbre es una segunda naturaleza," y los fisiólogos afirman que "la función hace el órgano," y enseña la psico-fisiología, que todo esfuerzo ó estado que se repite periódica y metódicamente durante un cierto lapso de tiempo, tiende á reproducirse *por sí solo* cuando se le ha suprimido. De tal modo, el hábito puede hacer en el hombre una inclinación, una aptitud, una cuasi-necesidad y hasta una pasión. Así pues, si los ideales pueden considerarse como las

teorías directrices de la vida, los hábitos deben ser la práctica diaria de los ideales, ó sea la conducta.

Es evidente que esos hábitos deben ser relativos á buenas cualidades.

La Escuela Práctica de Señoritas sugiere los siguientes ideales como base de su educación:

La igualdad, es decir, el ideal de la democracia, que es la piedra angular de las instituciones políticas de nuestra República; que es el alma de la libertad; que es la voz de la naturaleza, que no establece más diferencia "que la del mayor grado del desarrollo de la inteligencia del hombre, de sus sentimientos, de su carácter y de su aplicación;" que aleja los prejuicios de superioridad por el nacimiento ó por la riqueza, y que al grabar, con cifras imbo-

rrables, la idea de que todos tenemos los mismos derechos y las mismas obligaciones, hace brotar sentimientos altruistas de amor universal.

La disciplina, por la común emulación, por el sentimiento del deber y por el verdadero atractivo del estudio. Este solo punto es de gran extensión y alcance, como que comprende todos estos hábitos de virtud: *verdad*, que es lealtad, dignidad; y *modestia*, que es caridad, prudencia, urbanidad. ¿Qué ideal más noble y más grande que el de la verdad, que es la más elevada de las funciones psicológicas y la manifestación de aquel sentimiento que destaca como un nimbo la frente del hombre en el marco obscuro de los cráneos de la bestia? "Con sinceridad, todo; sin sinceridad, nada. Con sinceridad el

hombre es Prometeo, es Icaro, es Hércules, es Júpiter mismo; sin sinceridad es un reptil que se arrastra en el fango de su carne. La sinceridad del hombre de genio es el dedo de Dios que marca el rumbo á los pueblos. Sin ella, los pueblos se extravían, porque el dedo de Dios ya no les señala los rumbos."

La verdad, la sinceridad, son una condición útil para la lucha por la vida; pues, para ser leal consigo mismo, es necesario ser leal con los demás.

La modestia, tiende á modificar los sentimientos y las necesidades personalísimas, egoístas é imperiosas con que el hombre nace, y, psicológicamente, el altruismo, la caridad, la prudencia, el respeto, la urbanidad, la sobriedad, la reserva, la discreción, el poder, el decoro, la

sencillez y la naturalidad son derivados, copartícipes ó matices de aquel sentimiento fundamental, que es á la vez disciplina. Es la condición de la sociabilidad; y así como en los grandes la sinceridad es la sabiduría, en la masa común, la sabiduría es la disciplina y la modestia. Con la sinceridad marcan aquéllos los rumbos, y con la disciplina y la modestia, la otra los sigue. La indisciplina y la inmodestia hacen al hombre falso é inútil, pues "quien de niño se toma libertades de hombre, de hombre se tomará libertades de niño;" y toda sociedad sana y progresista no debe componerse de niños irresponsables, sino de hombres responsabilísimos.

El trabajo, fuera del cual, como dice el Prospecto á que aludimos, no hay felicidad posible, es de

los más bellos ideales para *the struggle for life*, con sus hermosos agregados, ayuda propia—*self help*—y carácter: magnífica y augusta trinidad que se desenvuelve en constancia, atención, ahorro, independencia, voluntad, tesón y esfuerzo. Por donde quiera que tendamos la vista, veremos que el progreso de las naciones, y aun de sus sentimientos y su moral, están en razón directa de la actividad de los individuos, y que la mejor condición de moralidad en un hombre es saber trabajar.

"Trabajar es orar," ha dicho alguien; y en verdad, esa oración de los músculos robustos y de los cerebros pensadores, ni lleva á la neurastenia ni degenera en estériles misticismos ó en contemplaciones absurdas: es la más santa y sublime de las oracio-

nes porque encarna la verdadera redención y el bien de la humanidad.

Y si sobre todo lo anterior colocamos el ideal *de la Patria*, ¿no es cierto que tendremos un conjunto harmónico de ideales que harán de Guatemala un pueblo fuerte en la lucha por la vida, respetado por sus virtudes cívicas y morales y admirado por todos sus progresos?

Apaguemos, pues, y para siempre, el fuego del culto á los falsos ídolos, incendiemos, con la llama que hoy nos brinda la mano generosa del actual Gobernante, los escollos del amor á las grandes ideas y los grandes progresos, y entonces nosotros seremos los que gritemos á los que vengan detrás: "¡Hombres y pueblos fuertes en palabras y débiles en brazos, sólo los ideales de la

verdad podrán arrancaros el énfasis engañoso de vuestras palabras, y los hábitos del esfuerzo fortalecer los músculos femeninos de vuestros brazos! Porque civilizados vuestros músculos, serán más veraces vuestras lenguas. Porque veraces vuestras lenguas, trabajareis en el bloque de los hechos, y no divagaréis ¡oh imbéciles fumadores de opio! entre el humo asfixiante de vuestras pipas......!!"

Misión de la Mujer

CUANDO Salomón, aquel gran rey que nos pintan las bíblicas leyendas superlativamente talentoso, prudente y justiciero, quiso describir la prosperidad de una casa, no trajo á colación los trabajos del hombre, sino que sólo tuvo en cuenta la grata influencia de la mujer, que es á quien atribuye todos los favores de la fortuna y hasta la sabiduría que hace honor á su marido.

Preséntala vigilando los pasos de los suyos, y levantándose con el alba para distribuir la lana á los criados. La razón se expresa por su boca, la indulgencia asómase á sus labios y jamás se la

ve comer el pan en el ocio. Y así los criados la respetan, bendícenla los desdichados, y cuando aparece revestida de fuerza y de belleza, los hijos se levantan y la llaman feliz, y el marido, uniendo sus elogios á los de sus hijos, la dice: "muchas mujeres han enriquecido á su familia; pero tú las aventajas por el orden y la prudencia que reinan en nuestra casa."

¿Y qué más alta recompensa para la mujer fuerte de la antigüedad, según la Biblia, que el respeto de sus hijos, el amor de su marido y el homenaje de cuantos la rodeaban?

Aquellas virtudes, que el refinamiento social y el *esprit* de la civilización de ahora miran como cosas baladíes ó importunas y dignas sólo de las cabañas, formaban las delicias en los palacios

de los reyes. Entonces las niñas ignoraban hasta su poder, pues se las educaba en la inocencia y, sobre todo, en la humildad, hasta el grado de que al recibir marido, creían recibir un amo, como hoy, general y lastimosamente, creen recibir un amante. De ese modo tocábale al marido comenzar la educación de la mujar, instruirla en el arreglo de las cosas de la casa, y darle movimiento á su espíritu y dirección á su carácter.

En un tratado especial de economía doméstica nos ha conservado estos detalles el gran filósofo Xenofonte. Preséntanos á dos esposos apenas reunidos bajo un mismo techo, deliberando sobre sus deberes, sobre sus trabajos, á fin de dividir entre sí las cargas y los placeres; pero sacrificando, ante todo, á los dioses, invocando

su auxilio y pidiendo sus luces, el uno para aconsejar bien, y la otra para obedecer dignamente: de suerte que en este enlace la mediación de la Divinidad consagraba los consejos del marido y las virtudes de la mujer.

Júzguese del interés y encanto de esta escena trazada veintidós siglos ha, siendo Sócrates el que pregunta y el recién casado Ischomaque, quien habla: es una joven que en su turbación y sofocamiento, no acierta más que á obedecer, y que no tiene otras gracias que la inocencia, ni otro mérito que su candor: á las primeras cuestiones de su marido expresa la admiración que le causa verse llamada á participar de la soberanía conyugal. "Pobre de mí, dice, ¿qué soy yo delante de tí que todo lo sabes? ¿qué poder tengo? ¿y cómo acertar á

ayudarte, cuando sólo sé que he de vivir casta, según me lo recomendó mi madre?" Entonces empiezan las lecciones del marido, que compara la mujer á la reina abeja, velando por la prosperidad de su colmena.

Más de dos mil años nos separan de esos tiempos, y hoy no serían aplicables en manera alguna tales lecciones de sabiduría antigua.

Nuestra vida es más intelectual y la sociedad es más dilatada, y de ahí el que la educación también tenga que ser más extensa y en armonía con nuestras condiciones político-sociales y nuestras costumbres y necesidades.

Los que sin cesar—y sin pensar también—echan de menos las costumbres góticas ó las virtudes patriarcales, no quieren entender jamás que, otros tiempos, otros

consejos. Reinar la mujer en lo interior de la casa y dirigir en ella el orden y la economía, no es, en la actualidad, sino una parte de su misión; pues al lado de los deberes de la mujer casera, aparecen las exigencias de la sociedad, y muchas veces, más que éstas, la imperiosa é inclemente realidad de la lucha por la vida.

Nuevos deberes, según dice un escritor, han modificado deberes antiguos, y de esto ha surgido una civilización más perfecta, en que las mujeres representan el papel de legisladoras por medio de las virtudes de sus hijos, y por medio de la gracia y de la amabilidad.

¿Qué haría hoy una pobre niña con sólo su inocencia y su humildad, en el momento peligroso en que las pasiones de su marido se

introdujesen blandamente en su ánimo y renovasen su carácter? Con seguridad que si esas pasiones careciesen de nobleza y de probidad, ella estaría perdida, pues sin defensa fuerte con lo que se la hubiera enseñado, sucumbiría sin resistirse y sin recelar tan sólo su degradación.

La inocencia y la humildad, con todo y no degenerar en la ignorancia y la hipocresía, no son, pues, fuerzas suficientes para luchar y salir vencedoras contra las seducciones de los sentidos, de la vanidad y del interés.

Toda fuerza y toda felicidad proceden del alma: esta es una verdad luminosa que, aplicada á la educación, abre una nueva era al mundo civilizado: que es, para las mujeres, la suerte de sus hijos; para los pueblos, la suerte de la

patria; y para el orbe todo, la suerte del linaje humano.

Según la ley moral de la naturaleza, las mujeres no serán verdaderas madres sino hasta que trabajen en el desarrollo del alma de sus hijos, porque su misión no se reduce á procrear un bípedo inteligente, cuando el mundo les pide un hombre completo, un hombre cuyas pasiones todas participen de lo bello y de lo infinito, que sepa escoger á su compañera, educar á sus hijos á su vez, y, si necesario fuese, morir por la virtud.

El hombre tiene dos nacimientos: nacer á la vida material, que no es más que nacer al placer y al dolor, y nacer á la vida moral, que es nacer á la vida de la inteligencia y del corazón, ó sea el verdadero nacimiento; así la mujer tiene dos deberes: dar á

sus hijos esas dos vidas, siendo la segunda vida la que, más que vernos respirar y comer, la haga gozar de aquella felicidad que tan al vivo nos pinta Shakespeare, cuando hace decir á la madre de Coriolano: "Menor fué mi satisfacción en el día en que nació, que en el que le ví hacer una acción de hombre!" ¡Y qué hermoso encontrar en el corazón del hijo, como hace Plutarco, el origen y la alegría de esa buena madre! "El fin que le hacía amar la gloria, dice, hablando de Coriolano, era la satisfacción que por ello sentía la madre. Estas dos almas estaban de acuerdo para el bien de la patria y de la humanidad."

Pues bien: desarrollar el alma de la mujer, á fin de que sea algo más que juguete de nuestras pasiones; desarrollar el alma de

la mujer, para que sea realmente aquella criatura adorable que soñamos en nuestra adolescencia; desarrollar el alma de la mujer, á fin de que esta alma despierte á la nuestra; desarrollar el alma de la mujer y fortalecer su cuerpo, porque "es y será la primera institutriz en todas las sociedades del mundo y la primera persona en el orden físico y moral de los organismos sociales, como que desempeña el muy importante y elevado papel de esposa y madre, es decir, el origen y la conservación inmediatos de la especie humana;" y darle, en fin, la aptitud necesaria "para que aprenda á gobernar con orden, acierto y economía su casa y á ganarse honradamente la vida si es posi-

ble por sí sola, entrando así á la comunión general de la sociedad en que vive;" tales son los fines supremos y los nobles propósitos de la Escuela Práctica de Señoritas, en la bella é íntima hermandad de las virtudes del pasado con las aspiraciones y necesidades del presente.

Virtudes negativas y positivas

Tenemos que aclarar una idea nuestra.

Al referirnos á la íntima hermandad de las virtudes antiguas con las aspiraciones y necesidades del presente, como base de la educación de la mujer moderna, tomamos la palabra virtud en el sentido de hábito de obrar bien, vigor, integridad de ánimo y acción buena, según todas las leyes impuestas al hombre por la naturaleza, y que, al constituir sus deberes, son la condición de su existencia, de su progreso y de su felicidad.

Admiramos las glorias imperecederas de Esparta, de Atenas y

de Roma, y rendimos culto á sus filósofos y guerreros, á sus poetas y á sus artistas; pero apartámonos de aquellas de sus *virtudes* que se traducían en acciones contrarias á la humanidad, y que no podrían volver á enseñorearse de nosotros sin hundirnos en la degradación. ¿Quién, ahora, quisiera darse á la caza de ilotas, como lo mandaba la ley de Esparta? ¿Qué padre consentiría en vender á su hija, hasta tres veces, como se lo mandaba la ley romana? ¿Qué héroe pelearía por el pillaje y el asesinato, y en las ruinas humeantes de sesenta ciudades se atrevería á vender en pública subasta ciento cincuenta mil ciudadanos, para distribuir el producto á su ejército, como Pablo Emilio lo hizo en Epiro, habiéndole eso valido los honores del triunfo y la admira-

ción del pueblo romano? ¿Qué mujer querría ser ciudadana de la *República* de Platón, para tener prohibición de conocer á sus hijos, ser instruida en el arte de la guerra y obligada á abortar si concibiese después de la edad de cuarenta años? ¿Qué madre consentiría en la muerte de su hijo, por mal formado, por incorregible ó por haber nacido sin autorización de la ley?

¿Y qué decir de las *virtudes* que consistían en habitar en una cueva, hacer oración de rodillas sobre una piedra, tender la mano en el atrio de los templos y llevar un cilicio inmundo que roe y sangra las carnes, las cuales forman los méritos insignes de San Labro, San Hilarión y Santo Tomás de Cantorbery, y que, sin embargo, están muy adelante de las asquerosas miserias de los

bonzos, de los santones, de los alfaquíes y de otros?

"Sembrarás con lágrimas, exclamaba San Jerónimo en una carta á las Vírgenes de la montaña de Hermón, á fin de recoger con alegría. Cubrirás tu cuerpo con un horroroso cilicio, que es el vestido más magnífico para elevarte á las nubes en presencia de Jesucristo," y en otra carta, dirigida á Nepociano, graba esto: "El hombre debe dejar sus riquezas, su amigo, su padre, su madre, su esposa, debe despojarse de todo para abrazar la cruz desnuda."

¿No es esto violar á un tiempo la ley del amor y la ley de la sociabilidad, destruir todos los sentimientos de la naturaleza é insultar al mismo Dios en su obra? Afirmar que es este el objeto de la vida, es establecer

que el deber del hombre es el aniquilamiento de la creación.

¿Acaso no se ve claro que hacer incompleto al hombre, es cambiar su destino, es condenar la creación, es trazar en vano el camino del cielo con el sacrilegio y la destrucción?

Oigamos á Bourdaloue, haciendo virtuosos: "Preparad las disciplinas, dice, aguzad los cilicios, ayunad, sufrid, morid, sed mártires: sobre todo, nada de descanso, nada de compasión, porque vuestra penitencia no podrá jamás igualar la cólera del Dios vivo, del Dios cuya sola idea hace temblar á los santos, y de la cual, según la expresión del Apóstol, los justos apenas podrán librarse." Y á este fervor de la penitencia, Bossuet añade como artículo de fe, la predestinación del hombre al infierno ó al paraí-

so; de modo que los tormentos que nos impone Bourdaloue como necesidades, pueden ser *virtudes* estériles según Bossuet, puesto que antes de nacer, el hombre es elegido ó reprobado sin apelación.

¿Qué es, pues, lo que hemos de deducir de todo lo que se ha escrito sobre algunas virtudes católicas, desde San Jerónimo hasta Bossuet? ¡Cosas espantosas! ¡Una justicia insensata! ¡Que no hay salvación para los que quedan en el mundo; que ir al baño, almorzar, comer, casarse, reproducirse, cuidar su casa, consagrarse á su familia y á su país, acatar á las autoridades civiles, es un estado de pecado y de condenación; y que mantenerse virgen, vivir en el desierto, ayunar, hacer oración y maltratarse, es

estar siempre en un estado de gracia!

Nosotros preguntamos ¿cuál es el objeto de la vida? ¿Cuáles son los deberes del hombre? ¿Hemos venido al mundo para hacer vida de santos, ó, como dice muy enérgicamente Charrón, para aprender á desempeñar bien el papel de hombre? Si esto último, que es lo natural, ¿á qué la vida de penitencia, que mata la *vida de los deberes*, es decir, la sociedad y la humanidad, y nos degrada? ¿A qué la soledad, que nos desnaturaliza?

Si Dios nos pide un corazón puro, y no un estómago vacío ó alimentado de pescado; si nos pide un alma virtuosa y no un cuerpo manchado, mutilado, ensangrentado, y nos lo pide por esta ley invencible de la naturaleza: "El hombre se inclina

siempre á lo más bello," las doctrinas y las *virtudes* que le presentan incompleto, son falsas y monstruosas.

La prueba de que el hombre no ha sido únicamente creado para el aislamiento, está en que no es en realidad de verdad hombre sino en medio de sus semejantes: allí es en donde se desenvuelven todas sus facultades: sólo allí se hace completo por medio del genio y de la virtud: dos hombres, dos almas, doble fuerza. "Aislad esos niños, dice Aimé Martín, dispersad esa colonia, y la inteligencia del maestro del mundo se abismaré en el desierto. Reunid las familias, las ciudades, las naciones, y la más débil de las criaturas subirá al imperio. En la soledad del desierto sólo veo salir tigres, leones, el hombre salvaje y las hordas bárbaras; del hombre so-

cial, un Sócrates, un Platón, un Descartes, un Fenelón; genios sublimes, cuyos pensamientos se derraman en el globo, como la luz en el cielo, para ilustrar y fecundar. Así, cada siglo, cada pueblo, nos dejan á su paso alguna cosa, y vamos poco á poco recibiendo de la inteligencia del linaje humano lo que no pudo darnos nuestra limitada inteligencia."

El verdadero espíritu evangélico, no es sino la expresión escrita de estas tres leyes de la naturaleza: "Sentimiento de la Divinidad; sociabilidad; y perfectibilidad del linaje humano;" y esos sentimientos son los que deben formar la base y la guía para dotar de virtudes á la mujer.

Hay que tener en cuenta el principio moral por sí mismo. Entre los latinos está fundado en el sentimiento del honor; en

Inglaterra, en la idea del deber. Júzgase al primero un poco arbitrario, pues su alcance varía según las personas; mientras que la idea del deber es estricta, y no tolera componendas. La inglesa, por ejemplo, sabe que al casarse, prometió fidelidad, y ese recuerdo permanece anclado en su conciencia; y ese anclaje es tan fuerte que muchas veces, después de una falta, la mujer rompe por completo; todo su pasado refluye sobre ella como una inundación hasta ahogarla de dolor y de vergüenza, porque carece de la flexibilidad de espíritu y la destreza de mano necesaria para armonizar una intriga y la vida conyugal; repugnan á su carácter de una pieza, como anota Taine, las situaciones equívocas, le subleva hacer á dos caras, le es insoportable la obligación de

mentir á todas horas, tanto que para llegar al divorcio, exige el rapto.

Entre nosotros, el honor y el deber encarnan el espíritu y son, por decirlo así, la esencia de las virtudes que la Escuela Práctica de Señoritas inculca en el alma de sus alumnas; y con esos sentimientos tendremos que, en vez de instruir á la mujer por medio del marido como en la antigüedad se hacía, regeneraremos al hombre por medio de la mujer, pues del amor de ésta—madre ó esposa—surgirán sin duda alguna hombres de bien para la sociedad y ciudadanos modelos para la patria.

Espíritu de la reforma educatoria

I

EL NORTE instintivo y el afán constante de todas las actividades humanas ha sido siempre la felicidad; pero ésta, amorfa en sí misma, cada día presenta distintos contornos.

La idea-madre de la educación era para los griegos la salud, física y moral, así como para los romanos constituíala el poder. Fijábanla los escolásticos en la salvación del alma y el Renacimiento y el nuevo humanismo la hacían girar en la libertad.

Para el positivismo crítico y sociológico de los pensadores contemporáneos, la idea madre de la educación es la riqueza, social é individual.

Sócrates habría predicado á sus alumnos, así: "Aprended luego á distinguir el bien del mal. De ambos conocimientos deduciréis, por Júpiter, que sólo en el bien se halla la salud del espíritu y del cuerpo, la virtud y la fuerza, ó sean: la felicidad relativa que los dioses nos permiten á los míseros mortales;" mientras que un sociólogo moderno, diría á esos mismos alumnos: "para vuestra felicidad individual y la felicidad social debeis, ante todo, haceros un hombre útil para vosotros mismos y útil para los demás. Para ello, estudiad vuestra idiosiocrasia y elegid la profesión que mejor os convenga. Pedagogos hay que os indicarán los medios de formaros. Formados, trabajad, en la medida de vuestra capacidad, para vosotros y para todos. De otro modo, no

alcanzareis ni la higiene del cuerpo ni la higiene del espíritu, que requieren cierta independencia económica. Os hareis felices, porque, indigentes y malogrados, enfermareis, robareis y matareis."

Existe en el hombre un fondo irreductible, cuyos factores verdaderos son el hambre, el amor y el progreso; tal fondo presta cierta homogeneidad á todos los fenómenos de la historia, mas éstos muestran diversas fases según las edades. Antaño, la religión, después, la política, y hoy la cuestión económica.

Francia, Inglaterra y Alemania son las naciones modelos en cuanto á la revolución educatoria que se opera en nuestros días: penetremos en el espíritu, analicemos todas las teorías y los múltiples proyectos en cien autores y estadistas contemporáneos,

ya sean éstos socialistas, individualistas, positivistas, idealistas, ortodoxos y heterodoxos, y encontraremos como conclusión, un rasgo común, y no más que uno: *el espíritu de reforma basado en consideraciones económicas.*

¿Que Francia, Inglaterra y Alemania, no constituyen el universo y que por lo tanto es exagerada y aventurada la generalización? Verdad es que esas naciones no son el universo, mas no es menos cierto que real y efectivamente sí son hoy las iniciadoras en nuestra civilización. También hay qne tener en cuenta, como con mucho acierto estudia Bunge, que Austria sigue el sistema alemán al pié de la letra; que en Italia obran dos tendencias, la ultramontana que no tiene gran significación, y la liberal, que, en cualquiera de sus

formas, considera al factor económico como la primer preocupación de los progresos futuros; que España y Portugal viven del intelecto de otros países, so pena de momificar su glorioso pasado; que en Rusia se observan dos grandes cauces de sentimientos é ideas, el sentimiento puramente slavo, que encabeza Tolstoi, y anhela la perfecta indisciplina política, los altos ideales evangélicos y la supresión del dinero y educa sólo por excepción en escuelas *sui geniris* como la de Yasnaia Poliana, y el más corriente en el país, el sistema oficial de la instrucción pública, calcado todo de los modelos alemanes; que en Norte América se siguen, y aun se sienten, las tradiciones y el espítitu ingleses y también se imitan los grandes modelos de la instrucción pública alemana; y

que en la erronéamente llamada América Latina, no se produce nada original, y se ha tendido la vista hacia los modelos europeos ó yanquis, y hasta hoy surgen estadistas y políticos que buscan orientaciones modernas y prácticas y se dan cuenta de la importancia de aquel gran principio económico como matriz de las futuras reformas de la educación.

El pensamiento económico ha existido en todas las épocas de la historia; pero en las edades pasadas fué, á lo menos en la apariencia, una preocupación secundaria, y al presente es una preocupación principal, es decir, una idea-madre de nuestra civilización contemporánea.

La revolución francesa en las ideas pedagógicas, grita, ante todo, esto: "Los males de la

Francia actual, se deben, en parte, á ciertas deficiencias de su sistema educatorio, en cuyo sistema se cometen dos errores fundamentales: según el uno no se da la suficiente independencia para que éste pueda luego desenvolver libremente su acción en las luchas de la vida; según el otro, no se le inculcan convencimientos é ideas *prácticas* que favorezcan el desarrollo de la industria y el comercio nacionales."

En Inglaterra, la clase media raciocina así: "Es un error de la educación inglesa el dedicar toda la niñez de las clases dirigentes al estudio de las lenguas clásicas y descuidar las modernas y otros conocimientos que serían más útiles para el desenvolvimiento de la riqueza de Inglaterra; el comercio necesita ciertos cono-

cimientos de aplicación más inmediata."

Y en Alemania, las bases del actual movimiento podrían formularse de este modo: "El futuro de un pueblo depende del propio desenvolvimiento y de las fuerzas de su poder productivo, el capital, en posesión del cual queda asegurada su independencia económico-política. Todo aquel que desee de corazón el progreso de su patria, debe dirigir su acción hacia el aumento de capital nacional. En él dos elementos se comprenden, el *ideal* y el *material;* á la capacidad productora de una nación son concernientes, por una parte, la elevación é intensidad de las actividades del espíritu, realizadas en arte, ciencia, moral y religión; por otra parte, el incremento y extensión de su caudal material en la esfera

de la agricultura, la manufactura y el comercio. Lo último lo promueve el Estado por su política financiera; lo primero, *por su sistema educatorio.*"

"Aunque media una extensa separación entre ambas fases de la vida nacional, existe entre ellas una *conexión interna.* Pero esta conexión no debe ser interpretada como que las condiciones económicas sean la base esencial del completo desenvolvimiento del hombre, que sean el único medio de buena educación; ni debe de ella deducirse que la grandeza económica sea siempre una causa ó una resultante exclusiva de la educación; ésta es, simplemente, uno de los mejores medios de producirla."

Se ve, pues, que el último objeto de la educación es un fin *ideal:* el progreso, y que éste, al

tomar forma corpórea, se convierte en un fin *material:* la riqueza; y es un hecho fuera de duda, que el desenvolvimiento intelectual y moral desenvuelve la riqueza, y que ambos desenvolvimientos elevan á la comunidad al más alto nivel y son el hondo cimiento del verdadero progreso y la felicidad de la patria.

II

Cuando Carlyle dijo que no hay miseria sino allí donde no hay deseos de trabajar, asentó una verdad incontrovertible.

El trabajo, por lo que se refiere á las mujeres, debe ser un evangelio, y por esto el problema de su educación se resuelve actualmente en dos partes: la primera es relativa al papel que la naturaleza les asigna en el hogar, como madres, y la segunda, la

que se relaciona con el *feminismo*, es decir, con el papel que las necesidades les adjudican en las sociedades modernas: ambas son de altísima importancia sociológica: la una por la moral, y la otra por la riqueza.

Bajo ese doble aspecto se imparte la educación en la Escuela Práctica de Señoritas, pues su ilustre fundador, el señor Estrada Cabrera, ha tenido en cuenta que ante la necesidad de la instrucción y la educación, no puede ni debe haber diferencia de sexos, ya que las ciencias, como el bien, son para todos: que no es digno, ni humanitario, ni decoroso impedir á la mujer el que pueda ganar honrada y noblemente su subsistencia en el ejercicio de una profesión, colocación ó carrera que tenga una base intelectual y que siendo tan grande y

tan profunda su influencia en el hogar doméstico, es necesario que el influjo resulte elevado, sano y ejemplar.

No hace muchos días que un diario de Londres lanzó esta pregunta, que es hoy tema de general curiosidad en Inglaterra y los Estados Unidos de Norte América: *¿Deben trabajar las mujeres?* Hay que hacer constar que tal pregunta ha tenido origen en las mismas mujeres.

Hé aquí algunas de las contestaciones publicadas en uno de los mejores diarios del "Lago Salado," Estado de la Confederación Norte-Americana.

El trabajo que engrandece y dignifica á la mujer, la aparta de las escabrosidades de la vida.

Muy pobre y abandonada es la mujer que no se ocupa en trabajos manuales, y en los cuidados

de su hacienda, y sólo procura la charla, la rutina y su compostura.

La mayoría de las mujeres enfermizas en buena edad, deben todos sus males á su modo de vivir en la sociedad y á la manera de pasar el tiempo en su hogar.

Las enfermedades de la ociosidad, especialmente en la mujer, son incurables, y la medicina no las atiende.

En vez de emplearse en las labores propias de su sexo, pasan el tiempo en soñar despiertas. Su cabeza llena de ideas fantásticas, hace de continuo castillos en el aire, olvidando el terreno de las realidades, que nunca olvidan las mujeres sensatas. Nada hay más á propósito para llenarse de tristeza que semejante género de existencia más ó menos quimérico: los nervios tirantes siempre, adquieren al fin una tensión

morbífica; la enfermedad se hace crónica, y de aquí existencias fuera de su centro en la vida real, que vegetan en medio de ella como verdaderas sensitivas, á quienes todo las irrita, todo les hace sufrir sin caer en cuenta que la causa principal de su irritación está en el interior.

La ocupación del trabajo manual es el principal remedio contra este mal más grave de lo que comunmente se cree.

Carlo Magno hacía aprender á sus hijas el trabajo de manos porque con ello les aseguraba contra los golpes de la suerte, si alguna vez la fortuna les era adversa, y porque las alejaba de la ociosidad, que es madre de todos los vicios.

En la antigüedad, reinas y princesas fabricaban sus vestidos de lana, y no tenían á menos

ocuparse en labores que muchas en nuestros días las consideran como deshonrosas, cocina, plancha y lavado.

Augusto nunca usaba otros vestidos que los que le habían hecho su esposa, su hermana y su hija.

A la aguja debió Ulises el encontrar á su mujer, Penélope, fiel á él, á pesar de los importunos ruegos de muchos amantes que querían casarse con ella pretendiendo que había muerto su marido en el sitio de Troya.

La verdad es que estamos muy lejos de estas costumbres que mantenían sano el cuerpo y el espíritu.

Entre las cartas enviadas al periódico de Londres que ha tratado el tema consignado, merecen citarse las siguientes, oportunamente escritas:

"Ha muerto, felizmente para nosotras, el tiempo en que se nos consideraba únicamente como artículo de lujo, como objeto de adoración, como mueble de adorno, ó medio de mal entendida economía, y aquellos falsos sentimientos colocáronse á un nivel tan inferior que hicieron de nosotras cosas con vida, en lugar de seres con alma.

Desde el siglo XIX hasta nuestros días, ó mejor dicho, desde las postrimerías de ese siglo, la mujer pobre ó rica, debe aprender la manera de ganarse la vida, para que con estos recursos de aprendizaje en la vida práctica, pueda afrontar las contrariedades de esa vida, sin olvidar lo que dijo San Pablo: "Si alguno no trabaja, que no coma."

La iniciativa femenina debe huir siempre de la literatura y la

política, de las profesiones del hombre, y tiene delante la cocina, las profesiones manuales, el comercio, la contabilidad y otras hermosas artes.

Las mujeres que gastan su tiempo leyendo novelas en lugar de un tratado de economía doméstica del hogar, libros útiles y llenos de conocimientos modernos, verán pasar la juventud inútilmente y cuando lleguen á la vejez, tendrán que acudir á la caridad pública, á los hospitales ó casas de beneficencia, y esa vejez será peor que la niñez.

Una americana dice:

Ricos y pobres, sabios é ignorantes, todos buscan á la mujer trabajadora, instruida y económica, porque si hay caudales metálicos, y no hay conocimientos prácticos, no pueden ni disponer, ni corregir lo mal hecho, y si no

hay esos caudales, la derrota es inevitable. Además, unos y otros están mezclados en la lucha por la existencia y por lo tanto, debe haber mútua cooperación en los dos sexos como en toda la nación norteamericana, y basta ver las escuelas entre nosotras para saber si la mujer debe ó no trabajar.

El Gobernador de Nueva York, contestó:

La página de más estudio en mí, es, el trabajo para la mujer, y he procurado que en las escuelas del pueblo, exista desde cocina hasta teatro; desde aguja hasta máquina, desde plancha hasta perfume, pues el trabajo es la esencia que perfuma dulcemente á la mujer, y ese perfume no se pierde nunca.

La esposa de un millonario que sólo vive viajando dijo:

Es más importante el trabajo en la mujer que en el hombre, porque si estudiamos el espíritu reflexivo y pensador de la mujer, sirve en la mayoría de los casos, sino para que aconseje al hombre, cuando menos para hacerlo reflexionar, dándole tiempo para que no lo haga, quitándole aquellos primeros momentos de todo acto primo que suelen ser de fatales consecuencias, especialmente entre los encargados de negocios difíciles ya de interés público ó interés particular. Esta contestación me la inspira la práctica.

Una doméstica dice:

¿Que si debemos trabajar las mujeres?

Nada más natural. Soy criada y me lleno de orgullo por eso. Desde la edad de diez años trabajo, tengo cuarenta y sigo trabajando. Gano diez chelines por

semana y con este salario visto bien, ahorro y satisfago el seguro de vida que he hecho.

Desde la altura en que el trabajo coloca á la mujer, para muchas significa desprecio á las señoras y señoritas que se lastiman las manos con la escoba y con la plancha, y se las manchan con la manteca, la cebolla y la carne; pero se mueren de hambre por vanidad ó viven en la miseria por holgazanas.

¿Hay algo que más dignifique y enaltezca á la humanidad, que el trabajo? Y este es uno de los más altos ideales que tratan de sugerir las Escuelas Prácticas fundadas recientemente en Guatemala. El será como la estrella polar que, á través de las tormentas, nos conduzca hacia seguro puerto.

Si antaño se creía vencer con la señal de la cruz, que era la que Constantino señalaba á sus soldados, hoy se triunfa verdaderamente y se llega á la meta de la felicidad, por medio de la oración del trabajo que entonan á porfía los músculos de acero y el mágico poder de las ideas.

¿Que nuestro carácter, por razón de la herencia y del medio ambiente que nos rodea, nos opone infranqueable barrera y nos tiene atados de pies y manos?

¡Error! La ciencia moderna demuestra que en la gran familia humana, nadie está, por naturaleza ni por raza, destinado á la decadencia, y es una ley de la historia el hecho de que los factores científicos y sociales y, por consiguiente, intelectuales ó morales, triunfan cada vez más con el progreso de las civilizacio-

nes modernas, sobre los factores étnicos, geográficos y climatológicos.

En el estado actual de cosas, ningún pueblo puede ya vanagloriarse de eterna preeminencia, y ninguno tampoco puede estar condenado á irremediable decadencia, porque cada uno, por virtud de la solidaridad universal, aprovecha los descubrimientos y las experiencias de los demás.

El porvenir no es, pues, de los anglo-sajones, como muy bien demuestra Fouillée, de los germanos, de los griegos, ni de los latinos; sino de los más sabios, de los más industriosos y de los más morales.

Alejemos el prejuicio de que los pueblos hispano-americanos son pueblos condenados á perpetua decadencia; y por medio de la educación y el trabajo,

nuestro será ese hermoso porvenir á que aspiran todos los hombres y todas las naciones.

Entonces se dirá: las Escuelas Prácticas, en buena hora establecidas, son la base de nuestra regeneración; que ellas sean también el inconmovible pedestal de la gloria de su Ilustre Fundador.

